

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

un asesinato de más

vic logan



—Lo nuestro ha sido un error, Carol —dijo Frank Banner con la mirada fija en el «elevado» que discurría al otro lado de la calle.

Se volvió lentamente hacia la joven que le observaba burlonamente.

Era una muchacha agraciada que procuraba resaltar sus encantos con ropas ceñidas y una falda supercorta.

El, algo mayor, alto, varonil, parecía sentirse profundamente herido.

Quería a aquella muchacha, pero en su rostro se pintaba la decepción.

Recorrió con la mirada el modesto apartamento.



Vic Logan

Un asesinato más

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1036

ePub r1.0

Lds 08.02.18

Título original: *Un asesinato más*

Vic Logan, 1970

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

—Lo nuestro ha sido un error, Carol —dijo Frank Banner con la mirada fija en el «elevado» que discurría al otro lado de la calle.

Se volvió lentamente hacia la joven que le observaba burlonamente.

Era una muchacha agraciada que procuraba resaltar sus encantos con ropas ceñidas y una falda supercorta.

El, algo mayor, alto, varonil, parecía sentirse profundamente herido.

Quería a aquella muchacha, pero en su rostro se pintaba la decepción.

Recorrió con la mirada el modesto apartamento.

—Es todo lo que tienes que decir —replicó ella desafiante, con aquella sonrisa encantadora.

—Sí.

—Tú has pensado que tenías algún derecho sobre mí, querido, y yo soy de las que no se dejan dominar. Se me toma o se me deja pero sin imposiciones. Lo sabías cuando me buscaste.

—Te ofrecí mi amor —replicó él con amargura—. Pero tú no entiendes de sentimientos... Prefieres divertirme con el primero que pasa. —¿Y qué? Soy libre— replicó ella en tono desabrido.

—Claro. Yo sólo soy un don nadie.

—Tú lo has dicho, Frank. No he nacido para casarme y llevar una vida monótona, adocenada y cargarme de hijos y engordar, o esperar los fines de semana para ver juntos la televisión.

—Siento no haberte conocido antes, Carol. Eso sí que lo siento de veras —replicó él tomando la gabardina que tenía en el respaldo de un sillón.

Ella se dirigió hacia la puerta y la abrió sin replicar.

Frank la miró por última vez y movió los labios para decir algo, pero optó por dejar la casa, sin añadir más palabras.

—¡Adiós! —adujo ella cuando el joven cruzó—. Y piérdete por ahí.

Tu compañía nunca me ha sido grata.

—Sigue como eres —masculló él entre dientes en mitad del pasillo—. Sigue así y algún día aparecerás en algún callejón lista para el depósito de cadáveres.

Siguió su camino hasta la escalera, descendió rápidamente y se perdió por la calle hasta la entrada de la estación del «elevado».

* * *

Hug Mac Leod tomó el teléfono después de dejarlo sonar un par de veces y murmuró:

—Mac Leod al habla... ¿Quién...?

Permaneció escuchando unos instantes y su rostro se contrajo visiblemente, expresando el miedo que su compañero podía adivinar desde el sillón en que estaba sentado frente a la mesa de despacho de Hug.

Cuando colgó murmuró sin apenas voz:

—Otra vez.

Elmer Travis su compañero y socio en la oficina de compraventa de inmuebles y terrenos, replicó:

—¿Quién crees que puede ser?

—No lo sé, Elmer. Pero es la tercera vez que me amenazan y temo que no se trate de una simple broma.

—¿Qué piensas hacer?

—Pagar lo que pide.

—¿Estás loco?

—No puedo hacer otra cosa, Elmer. Si acude a los periódicos y cuenta que soy un ex presidiario mi reputación se vendrá abajo... Fui acusado de estafa una vez, pero aquello creí que había quedado enterrado para siempre... Si la noticia trasciende ya me dirás quién querrá tener tratos con nosotros.

Elmer emitió un gruñido.

Era un tipo rudo y su apariencia semejaba más a la de un carnicero que de un vendedor de fincas.

Hug Mac Leod más reposado, más con aspecto de «señor», se mostraba agitado, nervioso.

Elmer golpeó la mesa con el puño.

—Si no pagas, es la ruina y si pagas ya podemos cerrar el negocio porque no va a quedarnos ni para sellos.

Claire, la joven esposa de Hug, entró sonriente en aquel instante. Claire casi siempre sonreía y eran muchos los amigos de Hug que se preguntaban cómo había conseguido interesar a una muchacha a la que llevaba casi veinte años. Bueno, Hug no tenía mala fisonomía, pero a pesar de hallarse en aceptable posición, no podía llamarse un hombre rico. Claire, sin embargo, en ningún momento pareció demostrar que se había casado con él por seguridad material.

—¿Todavía trabajando, querido? —preguntó dulcemente.

—Terminamos enseguida, querida —replicó su esposo.

—La cena está preparada —advirtió ella. Y dejó de nuevo a los dos hombres en el despacho.

El teléfono volvió a sonar y Hug disimuló un sobresalto.

Su socio cogió el supletorio y pudo oír cómo una voz disimulada susurraba pegada al auricular:

—Tiene que ser esta noche, Mac Leod. Es el último aviso. Esta noche a las nueve en las nuevas parcelas que compraste en Long Island. Si no lo haces, mañana por la mañana los periódicos publicarán lo que tú ya sabes...

La voz dejó de oírse y se escuchó el «clik» característico señalando que el misterioso comunicante había colgado.

Elmer lanzó un bufido.

—No puede ser... ¿Cómo vas a conseguir el dinero?

—Desde que empezó esto he estado pensando... Si acudo a la policía no evitaré el escándalo. Entonces hay un medio...

—¿Cuál?

—Vamos a cenar. Luego te explicaré. Tú me acompañarás, Elmer. Creo que podremos cazar a ese chantajista.

Se dirigieron hacia el comedor. Claire, la joven esposa del dueño de la casa, les estaba aguardando.

Elmer, como de costumbre, la miró largamente como si aquella mujer ejerciera un poderoso atractivo para él.

Fuera, el viento de la noche azotaba los setos. La casa construida en una de las nuevas urbanizaciones, estaba bastante aislada de las

demás.

Dentro de poco, cuando el sol se hubiese puesto, sólo una luz muy escasa alumbraría el lugar.

* * *

Frank Banner se había apeado del Metro en Broadway. Deambuló por algunas calles perdido entre la marea humana que se dirigía a sus casas.

De un televisor de un escaparate, un locutor recordaba la más reciente estadística de asesinatos que se perpetraban a diario en Nueva York y hacía hincapié en las recomendaciones de la policía de no pasear por los lugares poco concurridos después de anochecer.

—Usted puede ser la próxima víctima de un asesino anónimo...
—Seguía la voz.

Frank dobló una esquina y se metió en un bar poco concurrido sin fijarse en los clientes. Pensando en su ruptura con Carol se sentó en un taburete de la extensa barra y pidió un *whisky*.

Fue entonces cuando, mirando distraídamente, sus ojos descubrieron a la joven pelirroja que le obsequiaba con una amplia sonrisa al mismo tiempo que levantándose del taburete que ocupaba casi al extremo opuesto se encaminaba hacia él.

—¡Frank Banner! —exclamó.

—¡Jill! —espetó él casi al mismo tiempo saltando de su asiento.

Aquel encuentro casual distrajo momentáneamente a Frank de sus amargas preocupaciones.

Se sentaron ambos en una mesa.

Durante los siguientes minutos, su charla versó sobre tiempos pasados.

Los años de la primera juventud en Brayton, Pensylvania, la época en que los fines de semanas eran días alegres y sólo se pensaba en bailar el *rock and roll*, los días en los que todavía no han surgido los problemas de pensar en el futuro.

—¿Y tu hermana? —preguntó él.

—¡Oh! Doris sigue con su afición al dibujo. Bueno, ahora es más que una afición. Ha diseñado varios modelos para la Bronson. Ya sabes.

«Confecciones Bronson visten a las elegantes de América». —¿Y tú?

—Yo siempre he sido una chica sin aficiones. Me aburría en Pensylvania.

—¿Y desde cuándo estás en Nueva York?

—Desde hace sólo una semana, y por cierto no ha sido fácil encontrar trabajo.

—Si puedo ayudarte.

Ella sonrió.

—¡Oh, espero que no tengas que darme de comer! Por fin he encontrado algo. No sé lo que será, pero para empezar estoy dispuesta a aceptar lo que sea.

—Bueno. Olvidemos las preocupaciones —y bebieron juntos.

—Encontrarte a ti es lo mejor que ha podido sucederme esta noche —dijo Frank—. Te propongo que vayamos al teatro.

—¿Esta noche?

—Sí. Precisamente tengo un par de entradas...

—¡Al teatro! Esto es un derroche. ¿Eres rico?

—No. Compré un par de entradas para salir con una chica, pero ya ves que estoy solo.

—¿Problemas sentimentales? —sonrió ella.

—Dejémoslo.

—No insisto.

—Aceptas. Necesito divertirme.

—No sé si podré. Tengo una cita.

—¡Ah!

—¡Oh! Es referente al empleo que encontré. La persona que lo ofrece me ha citado a las nueve.

—¿De esta noche?

—Si es una hora intempestiva, pero me dijeron que el jefe tenía que ausentarse este fin de semana y quería dejar resuelto el asunto para el lunes, por eso pienso que tengo bastantes probabilidades.

—¡Qué tengas suerte!

—Intentaré estar de vuelta para acompañarte.

—¿Dónde tienes que ir?

—A Long Island. Es un laboratorio. Corban Limitada.

Él se encogió de hombros.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, Frank. No sé a la hora que voy a salir. Es mejor que esperes en la puerta del teatro. ¿Cuál es?

—El Tívoli. En la 42.

—No te esperes mucho rato. Si ves que no regreso a tiempo entra solo. No quiero que pierdas las entradas.

—Qué más da —replicó él.

Siguieron charlando. La compañía de Jill resultaba especialmente placentera a Frank después de un día amargo.

Salieron juntos del bar y pasearon por las calles. Ella necesitaba hacer tiempo y él no sentía el menor deseo de regresar a su apartamento. —¿Qué hace tu padre, Frank? ¿Sigue conduciendo el taxi?— preguntó la joven.

—Sí. Le he dicho que se retire y vuelva a Brayton. Espero que dentro de poco ganaré bastante dinero. Al menos en esto confío. — Pensó en Carol y lo poco que confiaba en sus posibilidades—. En fin. No lo sé. Quizá todo sea una ilusión.

Siguieron paseando.

CAPÍTULO II

Faltaban veinte minutos para las nueve.

La cena en el hogar de los Mac Leod había transcurrido aparentemente normal.

Las miradas de Elmer Travis a la esposa de su amigo entraban también dentro de esa normalidad.

La noche había caído y la explanada exterior estaba sumida en la oscuridad a excepción de una única luz cuya potencia resultaba exigua para iluminar el contorno.

—¿Tenéis que salir? —preguntó Claire mirando a los dos hombres.

—Un asunto imprevisto, querida —anunció él.

—¿Vendrás tarde? —preguntó la esposa.

—Espero que no. De todos modos puedes acostarte. Y ya sabes. No abras a nadie. Esta zona no está demasiado habitada y no me agrada tener que dejarte sola a estas horas.

—No sufras querido —sonrió ella.

Los dos hombres salieron de la casa, y ella desde el umbral agitó la mano en señal de despedida.

Subidos al coche de Mac Leod, éste dijo a su socio:

—Iremos primero al solar de Long Island y luego te acompañaré a tu apartamento.

—Háblame de ese plan —murmuró Elmer.

—Es sencillo. Abre mi cartera.

Había salido con la cartera de mano que solía usar para los documentos. Su socio extrajo de ella un paquete. Junto al paquete había un revólver.

—¿Será necesario esto? —preguntó el socio sacando también el arma.

—Nunca se sabe.

—¿Qué hay dentro de ese paquete?

—Nada. Recortes de periódico. Lo dejaré en el sitio exacto donde me ha pedido el chantajista y me marcharé.

—Y yo...

—Tú esperarás en el coche mientras yo dejo el paquete y vigilarás. Cuando estés seguro de que no hay nadie observando entras en el recinto y aguardas, yo volveré al coche y me alejaré para que el que anda detrás del dinero...

—Comprendo. Si aparece salgo a su encuentro.

—Exacto. Una vez desenmascarado pondremos las cartas sobre la mesa. Él sabrá si le conviene que le entreguemos a la policía. Personalmente no me gusta la policía, pero dadas las circunstancias.

Elmer golpeaba la palma de su mano izquierda con el puño cerrado de su derecha.

Además de gustarle las mujeres, algunas más que otras, Elmer era hombre de acción directa.

* * *

Eran las nueve y dos minutos cuando la sombra surgió de detrás de uno de los setos que circundaban la casa de los Mac Leod.

Ágilmente la sombra se deslizó en dirección a la casa perdiéndose en la parte lateral destinada a jardín.

La zona en obras resultaba intransitable en algunos puntos y sólo alrededor de la villa de los Mac Leod se podía caminar con cierto desahogo.

Quienquiera que fuese se movía con sigilo; demostraba, primero que no deseaba ser descubierto, y segundo que conocía bastante bien el lugar. Fue directamente hacia una ventana y empujó el cristal hacia arriba.

Dentro de la casa había únicamente una luz tenue procedente del dormitorio de los Mac Leod.

Claire Mac Leod después de cepillar su sedoso cabello y ya en su camisión corto de dormir se disponía a acostarse.

La sombra se deslizó hacia el interior de la casa.

* * *

A las nueve y veinte minutos el portero del teatro Tívoli de la calle 42 advirtió a Frank Banner:

—La función va a empezar, señor.

—No importa. Espero a alguien —replicó él fumando su enésimo cigarrillo.

* * *

Diez minutos más tarde Elmer oculto al otro lado de la valla que delimitaba los nuevos terrenos que había comprado en unión de su socio permanecía atento observando si alguien recogía el paquete que media hora antes había dejado su socio.

La espera se hacía larga, interminable y nadie aparecía a recoger aquel dinero.

* * *

En la compañía de taxis
Robbards & Jasson
se recibía una llamada telefónica.

Alguien que dio las señas de los Mac Leod pedía un taxi con toda urgencia.

El jefe de control pasó la llamada al vehículo que se encontraba más cerca de la demarcación que resultó ser el que conducía el veterano Arthur Banner.

Arthur Banner era el padre de Frank que continuaba su turno que concluía a las diez de la noche.

—Me dirijo hacia esas señas —dijo a través del radioteléfono del vehículo.

—Cuando termines el servicio puedes regresar —dijo el encargado del locutorio.

—Eso será si no me mandan a Búfalo.

Siempre solía decir lo mismo porque una vez cuando faltaban cinco minutos para terminar su turno le mandaron allí y no pudo regresar hasta la semana siguiente.

El del locutorio cortó, mientras Arthur Banner ponía rumbo a la casa de los Mac Leod.

* * *

A las nueve y cuarenta minutos la taquillera del Tívoli salió después de despedirse del portero y mirar en cierto modo compasivamente a Frank Banner que seguía esperando.

Le sonrió.

El no pareció darse cuenta. Arrojó el cigarrillo y consultó distraídamente el reloj.

* * *

A la misma hora su padre llegaba a casa de los Mac Leod. Todo respiraba el mismo silencio, la misma calma.

Salió del coche y caminó hacia la puerta a cuyo timbre llamó.

Esperó a que apareciera la persona que había solicitado el taxi y como nadie contestó, volvió a llamar.

Esperó con la impaciencia del que aguarda que le abran una puerta.

Miró y entonces se dio cuenta de que esa puerta estaba ligeramente entornada.

La empujó un poco y llamó:

—¡Eh! ¿Es que no hay nadie?

No obtuvo la menor contestación.

Empujó por completo y se asomó. Vio la luz que asomaba de algún lugar del fondo.

Vaciló.

Volvió a llamar.

Dudó.

Decidió al fin cruzar el umbral.

—¿No contesta nadie?

Tenía la sensación de que aquella manifiesta anormalidad desembocaría en algo desagradable.

Su sexto sentido no le traicionó.

Al llegar a la puerta de la que surgía la luz, vio la mujer.

Yacía sobre la cama, con la cabeza hacia atrás colgando por un extremo. Los cabellos rozaban el suelo.

El taxista vio también que la muerta iba completamente desnuda.

CAPÍTULO III

El teniente Scott miró a los tres hombres que tenía ante sí en su despacho de la brigada diecinueve.

Los tres hombres eran el viudo Mac Leod, su socio Elmer Travis, y el taxista que había descubierto el cadáver y en consecuencia había avisado a la policía.

—Bien —dijo el policía—. En la compañía de taxis nos han dicho que la voz que pidió el coche era de hombre, por lo cual no hay duda de que la llamada se hizo únicamente con el pretexto de que alguien descubriera el cadáver. Se ha comprobado también que el asesino entró por una ventana y una vez cometido el crimen no debió resultarle difícil salir por la puerta principal que dejó abierta facilitando las cosas al chófer, que, lógicamente al ver la puerta abierta, entraría como usted hizo.

Arthur asintió como un autómata.

El socio de Mac Leod había declarado lo ocurrido.

Tampoco el propio Mac Leod había negado absolutamente nada, ni siquiera su pasado de ex presidiario en la penitenciaría de San Quintín en California.

—No hay duda —manifestó el teniente— que esa llamada del presunto chantajista puede tener algo que ver.

—¿Con qué objeto? —preguntó Elmer.

—Para sacar al señor Mac Leod de su casa, pongamos por ejemplo y dejar que su esposa quedara sola.

Mac Leod asintió.

—Es verdad. A esas horas casi siempre suelo estar con ella. Y Elmer viene muchas noches.

—Claro que el criminal podía haber elegido otro momento, cuando usted está en su oficina, por ejemplo —añadió Scott.

—La zona donde vivimos —replicó Mac Leod—, está en construcción. Durante casi todo el día están trabajando albañiles, electricistas, obreros...

—Ya. Y por la noche ya hemos visto que apenas hay luz —musitó el teniente.

—¡Se trata de una venganza! —exclamó de pronto Mac Leod como saliendo de un letargo.

—¿Usted cree? —inquirió el policía.

—Ustedes piensan siempre en los maníacos, pero en este caso no hay duda, se trata de una venganza. Ahora lo veo claro. Nos sacaron de la casa con ese propósito.

Repetía las mismas palabras que el teniente, que le atajó:

—Procure refrescar su memoria y recordar a sus compañeros de prisión de la época que estuvo en San Quintín. Puesto que las amenazas de quien le telefoneaba anónimamente demostraban proceder de persona que conocía bien su pasado, por ahí podremos empezar la investigación con mayores garantías.

—No sé —balució Mac Leod—. Tenía que ser alguien que me odiase, pero la venganza es demasiado terrible, demasiado terrible.

El teniente respetó su silencio.

Después murmuró:

—Debió habernos avisado, Mac Leod. Para eso estamos.

—Lo sé. Pero comprenda mi situación. Temía el escándalo. —Se volvió hacia su socio que permanecía cabizbajo y cariacontecido y añadió—: Lo siento por ti, Elmer. Tú también vas a perder.

—No te preocupes, amigo. Ojalá yo pudiera descubrir al criminal. Lo haría pedazos. —Y se retorció sus fuertes y poderosas manos en ademán de estrangular de modo simbólico al asesino.

—No se vayan de la ciudad sin avisarme —aconsejó el teniente—. Es posible que vaya a necesitarles.

—Señor —murmuró el hasta entonces silencioso taxista—. Yo...

—¡Oh, sí! Puede irse también. Ya tengo su declaración. No le molestaré a menos que sea absolutamente necesario. Puede irse.

—Gracias —murmuró Arthur que todavía no había podido borrar de su mente el espantoso cuadro del que había sido testigo una hora antes.

El teniente Cregan miró alternativamente a Hug y a Elmer con suspicacia, como si dudara de uno de los dos, pero no hizo el menor

comentario al respecto.

* * *

El espectáculo del Tívoli Teatre estaba terminando. En el vestíbulo, Frank Banner paseaba consumiendo el último cigarrillo de su paquete. Ya no le quedaba la menor esperanza de que Jill acudiera a la cita.

El portero surgió de la oscuridad y abrió la puerta para insistir:

—¿No va a entrar?

—No.

—Se pierde un buen espectáculo. ¿Por qué no aprovecha sus entradas?

Frank levantó los hombros.

No sentía el menor deseo de ver la revista. Necesitaba algo más para olvidar aquella mala noche.

Pensó que Jill podría ser momentáneamente el antídoto, pero por lo visto, su futuro nuevo empleo la había retenido más de lo previsto.

«¡Cada cual tiene sus problemas!», pensó alejándose del vacío vestíbulo, mientras el uniformado portero cerraba la puerta encogiéndose de hombros.

En la calle, Frank arrojó las entradas a un cubo de basura y se perdió por la desierta acera.

Entró en algunos bares en los que todavía reinaba alguna animación. Ni siquiera se fijó en la clientela. Bebió de un trago las consumiciones que pedía, inmerso en sus pensamientos.

Hacia las diez y media regresó a su apartamento. Había bebido bastante pero no lo suficiente para olvidar sus pesares.

Dio la vuelta al conmutador de la luz pasó al interior de la pieza principal de la casa donde reinaba un desorden propio del hogar en el que falta una mano femenina.

Tiró su gabardina y su sombrero sobre una butaca llena de libros y periódicos y se encaminó directamente al rincón donde estaba la cocina, de uno de cuyos armarios sacó una botella de *whisky*.

Apenas se había servido un vaso que tomó del espante, cuando alguien abrió la puerta.

Frank tomó un sorbo mientras se volvía.

Cabizbajo y con paso vacilante entró Arthur que silenciosamente, después de cerrar, se dejó caer sobre una silla.

Frank dejó el vaso y miró un momento al hombre. —¿Te ocurre algo padre?— preguntó.

El taxista alzó la mirada y con voz lejana murmuró:

—Acabo de presenciar algo terrible, Frank. Algo terrible.

CAPÍTULO IV

Arthur Banner concluyó su relato, y añadió:

—Creo que si alguna vez he deseado de veras mi retiro, es ésta. Nunca olvidaré aquel espectáculo.

Tras un silencio. Frank le sirvió de beber.

—Toma, te conviene, padre.

Cuando el taxista terminó el trago, su hijo le preguntó:

—¿Por qué no dejas esto?

—Sí, hijo. Es posible que te haga caso y compre esa pequeña granja de Brayton y me quede a vivir para siempre allí. —Estaba todavía bajo los efectos de lo que había visto unas horas antes.

—Quizá yo venga a hacerte compañía. Sí. Creo que me conviene descansar.

—¿Tú? ¿Y esos proyectos?

—Hay quien no quiere creer en ellos, padre.

—¡Oh! Una regañina con tu novia. ¿Eh? —sonrió olvidándose momentáneamente del atroz recuerdo.

—No ha sido una vulgar regañina —replicó Frank para añadir con sorna—. Después de todo debo considerarme un hombre afortunado. He conocido tal coma era realmente la mujer con la que había pensado casarme.

—Entonces, ¿es serio?

—Hemos roto.

—Hijo —replicó Arthur tras una pausa—. No eres ya un chiquillo. Tú sabes mejor que nadie lo que te conviene, pero mi consejo es que no te dejes abatir. No permitas que una mujer te hunda.

—No, padre. Pero me marcharé contigo. De todos modos tengo que aguardar que aprueben mi proyecto y tardarán varias semanas.

—¿Y tu trabajo en la agencia Taker?

—Taker puede pasarse sin mí. Ya estoy cansado de andar por ahí haciendo pesquisas para los informes comerciales. Estafas, ladrones... En serio, padre, necesito descanso. Y tú también lo necesitas esta noche. Anda, acuéstate, has pasado un mal rato, olvídalo todo.

El viejo siguió el consejo de su hijo y se dirigió hacia el pequeño dormitorio situado tras la puerta de la izquierda de la pieza. Al otro lado estaba la alcoba de Frank, que esperó todavía unos minutos antes de entrar y comenzar a desnudarse.

Salió un momento para buscar un libro del estante y al oír que su padre se removía en la cama alzó la voz para decir:

—¿Sabes a quién he visto esta noche? A Jill. ¿Te acuerdas de Jill?

—¿Te refieres a la pequeña Jill Ferguson? —inquirió la voz del padre.

—Ahora ya no es tan pequeña. Me dijo que llevaba una semana en Nueva York. Me gustaría saber dónde vive, creí que volveríamos a vernos, pero por lo visto no ha podido acudir a la cita.

—Excelentes personas los Ferguson. Me gustaría verles de nuevo cuando regrese a Brayton. Sí, me gustará.

Ya no volvieron a hablar durante el resto de la noche. Frank apenas pudo conciliar el sueño, y cuando lo hizo le despertaron los insistentes golpes en la puerta.

Consultó el reloj y pensó que había dormido más de lo que suponía. Eran las siete y media de la mañana.

Apenas si tuvo tiempo de enfundarse los pantalones ante la repetición de aquellas llamadas impacientes.

Cuando abrid, aparecieron en el umbral dos hombres que le mostraron sus respectivas placas de identidad.

—Policías. ¿Es usted Frank Banner? —preguntó uno de ellos.

—Sí. Yo soy. Pero no comprendo...

—¿Podemos pasar? —inquirió el mismo.

—Desde luego. ¿De qué se trata?

Los dos hombres echaron un vistazo a la desordenada sala, con aire profesional.

El que hasta entonces no había despegado los labios se acercó a la ventana que daba a la parte trasera del edificio y desde la que

podía verse el amplio patio interior de la manzana.

—¿Vive solo? —preguntó volviéndose hacia Frank.

La pregunta quedó contestada con la aparición de Arthur que asomó por la puerta de su habitación mostrando una cierta extrañeza.

—¿Qué ocurre hijo?

—Son policías —explicó Frank.

¡Ah! Es por lo de anoche, sin duda.

—¡Un momento! —cortó el agente que había hecho la pregunta

—. ¿Es su padre?

—Sí. Vivimos aquí los dos —replicó Frank.

—¿Qué es eso de anoche? —siguió preguntando el policía.

—Si les envía el teniente ya deben saberlo. Yo declararé todo lo que había visto.

—Me parece que estamos hablando de asuntos distintos —dijo el policía echándose hacia atrás el sombrero.

—Nosotros hemos venido a hablar con su hijo.

—Pues digan —espetó Frank impaciente.

Tras una breve pausa, el agente que había hablado al entrar preguntó:

—Usted conoce a Carolina Shepard. ¿Verdad?

—Sí.

—¿Y anoche estuvo con ella?

—Sí. Pero no comprendo...

—¿A qué hora salió de su apartamento?

—Pues, más o menos eran los ocho. No consulté el reloj.

—¿Está completamente seguro que era esa hora?

—Ya les he dicho que no consulté el reloj. Pero ¿qué tiene que ver?

Los dos policías cambiaron una mirada.

—Carolina Shepard ha muerto.

—¿Qué ha...? No entiendo.

—La han asesinado, señor Banner. Y usted parece ser la última persona que la vio con vida.

Venciendo su desconcierto, Frank replicó:

—Creo que se equivoca, agente. La, última persona debió ser su asesino.

—¡Oh! Sí, claro —sonrió el aludido—. Pero, dígame, Banner.

¿De veras no le importa en absoluto su muerte? No ha demostrado que le afectara. Y según nuestras noticias usted y Carolina Shepard estaban prometidos.

—Es cierto; sin embargo anoche rompimos.

—Y discutieron ustedes.

—Un poco. En realidad no había mucho de qué hablar. De veras que no esperaba esto. Anoche me sentí traicionado, Carol no era lo que yo había supuesto, pero en ningún momento deseé su muerte.

La señora Peabody, que vive en la primera planta, asegura que usted salió de la casa a las ocho y quince minutos, y que les oyó discutir.

—Ya les he dicho que era sobre las ocho —cortó Frank.

—Pero —concluyó el otro agente—, la señora Peabody asegura que usted volvió a entrar.

—Eso no es cierto. Fui andando hasta la estación del Metro, y luego me dirigí a Broadway. Pero..., ¿qué están insinuando?

—Nada, Banner. Nada, sólo que... En fin, me temo que tendrá que decirnos cómo y dónde pasó la noche, con testigos claro.

—¿Quieren decir que..., he de presentar una coartada?

—Exactamente.

Arthur intervino avanzando unos pasos.

—Ustedes están acusando a mi hijo.

—No lo acusamos, señor. Estamos llevando a cabo una investigación, si su hijo puede presentar esa coartada, por nosotros... —El agente se encogió de hombros como quien cumple un mandato sin tener prejuicios contra nadie.

—Puedo decirle dónde estaba paso a paso desde que dejé a Carol —espetó Frank con un humor de todos los demonios—. Antes de las nueve estuve con una chica, luego la esperé unos tres cuartos de hora a la puerta de un teatro, el Tívoli.

—¿Y ella no se presentó?

—No, pero hablé con el portero, él puede atestiguar mi presencia si es necesario. Creo que me recordará.

—Eso no será necesario, Banner. Bastará con que demuestre que entre ocho y media y nueve estaba usted lejos del domicilio de su novia. Es la hora en que se cometió el crimen.

—Humm. Si según esa chismosa de la señora Peabody asegura que salí a las ocho y quince debí emplear unos diez minutos en

llegar a la estación del Metro, y otros veinte hasta Broadway. Serían entonces las ocho cincuenta poco más o menos.

—Sí. Sería suficiente, no se puede correr esa distancia en menos tiempo, ni en el Metro. Así que díganos dónde vive esa chica con la que estuvo usted.

—Pues no lo sé.

—¿No lo sabe? —preguntó en tono irónico el agente—. No. Llevaba muchos años sin verla. Es de Pensylvania. —Bien. ¿Cómo se llama?

—Preferiría que no la mezclaran en esto...

¿Por qué? Bastaría con que atestigüe lo que usted ha dicho.

—No sé dónde vive —repitió Frank con voz ronca.

—Pues tendrá que averiguarlo. De lo contrario... Tenemos orden de llevarlo con nosotros.

—¿Detenido?

—De momento no, Banner, pero si no encuentra esa chica... —El agente sonrió—. Haga un esfuerzo, es por su bien.

* * *

Los agentes se habían marchado rogando a Frank que bajo ningún pretexto abandonara la ciudad sin avisar antes al puesto de policía, de la brigada criminal.

En realidad, uno de ellos se había quedado apostado en la esquina vigilando la casa.

Frank decidió llamar a la central telefónica. Su padre también fue de la misma opinión.

—Si esa señora Peabody asegura que te vio entrar no tendrás más remedio que probar que estuviste con Jill. No hay nada malo en pedírselo.

—Voy a llamar a su familia, pero no quiero convertirme en fugitivo por algo en lo que no tengo nada que ver.

Pidió comunicación con Brayton, Pensylvania, y cuando la obtuvo solicitó hablar con los Ferguson.

Fue Doris la que tomó el teléfono. Era la hermana de Jill, aunque por la fisonomía no lo pareciera. Doris era más alta, tenía tres años más que su hermana, pero, así como Jill aparentaba menos, ella en cambio, parecía mayor. Le faltaba el espíritu juvenil

de la pequeña y su porte revelaba una mayor serenidad, un aire de persona responsable, dueña de sí, inteligente e introvertida a la vez. Todo ello unido a una figura de líneas suaves y un rostro agradable, distinguido. Era bella.

Frank trató de recordarla cuando oyó su voz al otro lado del hilo.

—Perdona, Doris. Espero que me recuerdes, soy Frank Banner. Supongo te extrañará mi llamada.

—Pues sí. No podía pensar en ti. ¡Oye! ¿No me llamarás por mi hermana verdad? ¿No le habrá ocurrido...?

—No, no —cortó él— tranquilízate. No supe que Jill estaba en Nueva York hasta anoche, pero se me olvidó pedirle sus señas. Te llamo sólo para esto. Esta ciudad puede ser un pañuelo a veces, pero cuando buscas a alguien...

¡Oh, Frank, comprendo! Y me alegra saber que te ha encontrado. Precisamente estaba intranquila. Prometió llamarme anoche y no lo hizo, y ya sabes cómo es mamá, se intranquiliza por nada. Ella no ha cambiado.

—Sí. Recuerdo cómo era tu madre, Doris. Salúdala de mi parte. Nos veremos pronto, pienso ir por ahí con mi padre.

—Cuando quieras, Frank.

—¿Me das esas señas?

Doris facilitó la dirección de Jill, y Frank la anotó en una hoja de bloc. Después colgó el teléfono y cambió una mirada con su padre, que murmuró:

—Parece que ayer no fue nuestro día, Frank.

CAPÍTULO V

Acompañado de los agentes, Frank llegó hasta el domicilio de Jill. Era una residencia reservada únicamente a muchachas solas, cuya encargada advirtió a los recién llegados que:

—No se admiten visitas del sexo masculino.

Las placas de identidad de los agentes cambiaron las cosas.

—Jill Ferguson no está.

—¿Dónde podemos encontrarla? —preguntó el agente que normalmente llevaba la voz cantante.

—Pues no lo sé. No ha vuelto desde que se marchó ayer por la tarde.

—¿Qué no ha vuelto? —preguntó Frank extrañado.

—Eso he dicho. Aquí está su llave —y mostró un casillero tras una pequeño mostradorcito—. Cuando se van tienen la obligación de dejarla ahí. Es para evitar extravíos. Nuestro reglamento es muy claro.

—Sí, sí, pero deje ahora el reglamento —pidió Frank—. Yo vi anoche a Jill, dijo que iba a buscar empleo.

—¿Alrededor de las nueve de la noche? —preguntó el policía con cierta ironía—. ¿Qué clase de empleo?

—No lo sé —exclamó Frank de mal talante—. Y no he vuelto a verla. Eso de que no haya regresado es muy extraño.

—Disculpe, señora —pidió el agente—. Si por casualidad volviera, dígame que llame a la brigada. No se le olvide.

Empujaron suavemente a Frank hasta la calle, donde el agente comentó:

—Bien, Banner. No sé si se habrá dado cuenta de lo importante que es para usted que esa chica aparezca.

—Ahora estoy pensando en ella, agente. Puede haberle ocurrido

algo.

—Mejor para usted que no.

—Oiga. Yo no tengo nada que ver con la muerte de Carol Shepard. —Busque a esa chica, Banner. Busque a Jill Ferguson mientras pueda hacerlo.

Frank miró fijamente al agente para replicar lentamente:

—Si Jill no aparece pronto, será obligación suya encontrarla, porque tendré que denunciar su desaparición.

* * *

Jill Ferguson no apareció.

El teniente Scott de la brigada de homicidios sacudió la cabeza compasivamente.

—Su situación es difícil, Banner. Hay un testigo en contra. La señora Peabody.

—¡Al diablo la señora Peabody! —Gruñó Frank—. Ya les he repetido cien veces que cuando salí de casa de Carol, estaba viva. ¿Comprenden? ¡Estaba viva! Y lo que tendrían que hacer ustedes es buscar a Jill Ferguson.

—No se ha presentado ninguna denuncia. Nadie nos ha pedido que la busquemos.

—Yo lo estoy haciendo, teniente. Cumpla con su obligación.

—Lo estoy haciendo, Banner. Una mujer fue asesinada en Brooklyn, y mientras no se demuestre lo contrario usted fue la última persona que la vio con vida.

—Yo no la maté —replicó Frank de pésimo humor.

—Nadie le ha acusado formalmente, pero piense que hasta el momento no puede usted probar con testigos qué estuvo haciendo desde las ocho y quince hasta las ocho cuarenta y cinco.

—Busque a esa chica, teniente. Busque a Jill Ferguson y ella le dirá dónde estuve.

El policía hizo una pausa con cara de hastío. Todo aquello era un círculo cerrado, vicioso. Frank se mantenía en sus trece y el teniente no sacaba nada en limpio en su interrogatorio.

Terminó diciendo lo que Frank ya se sabía de memoria:

—No salga de la ciudad. Volveré a necesitarle.

Frank salió del puesto de policía de un humor de todos los

demonios. Se sentía acosado, acorralado; le consideraban culpable de un delito que no había cometido y si no aparecía Jill las cosas iban a empeorar para él.

Mientras se dirigía a su apartamento, notó que le seguían. Sí. No le cupo la menor duda de que los hombres del teniente controlaban sus pasos; hastiado empezó a correr por entre la multitud, abriéndose paso a empujones. Dobló por la primera bocacalle a la derecha y a continuación enfiló por un callejón, siempre corriendo.

Cruzó un descampado y llegó hasta una estación del «elevado». Subió rápidamente la escalera y tomó el tren que estaba ya cerrando sus puertas.

Había conseguido despistar a sus seguidores y se preguntó: ¿Por qué?

Él no tenía nada que esconder. ¿Qué lograría con dar esquinazo a los policías?

Sin embargo, no podía consentir que le considerasen sospechoso de un crimen que no había cometido.

Necesitaba estar libre, pensar...

Recordó que Jill le había hablado de unos laboratorios. Forzó su memoria para reproducir las palabras de la muchacha que en el momento de ser dichas él apenas reparó porque entonces pensaba en Carol.

Laboratorio Corban Limitada en Long Island. Se metió en una cabina telefónica y marcó un número. —Laboratorios Corban— pidió.

Le informaron del número, volvió a colgar y marcó de nuevo.

No contestaron. Era lógico. Era sábado y hasta el lunes no habría nadie en la oficina.

Al cabo de un rato descolgó un portero que informó a Frank lo que él ya había pensado momentos antes.

Colgó y marcó el número de su apartamento. Su padre estaba en casa todavía, ya que su turno no empezaba hasta más tarde.

—He tomado una decisión. Voy a pasar el fin de semana en Brayton.

—¿Dejarás la ciudad? El teniente puede pensar... —empezó su padre.

—¡Al diablo lo que piense! Dile dónde estoy. El lunes volveré. Hasta entonces estoy atado de manos.

Se despidió de su padre y colgó.

CAPÍTULO VI

Doris Ferguson tenía el porte más distinguido que su hermana Jill. Era esbelta y su mirada se mostraba serena como su belleza.

A pesar de las circunstancias no perdió el dominio de sí misma cuando se volvió hacia Frank que estaba sentado frente a ella en la comfortable sala de estar de aquel hogar de Brayton.

—Jill solía llamarme todos los días. Me extrañó que no lo hiciera anoche.

—Esperemos que lo haga hoy —replicó él.

—Si no llama regresaré contigo y avisaremos a la policía.

—De todos modos hay que esperar hasta el limes. Quizá en ese laboratorio puedan darnos alguna pista —contestó pensativo.

Poco después Frank abandonó el hogar de los Ferguson, no sin antes haber hecho partícipe a Doris de sus propios problemas y de que aparte de encontrar a Jill por la amistad que le unía, también necesitaba hallarla para obtener su coartada ante la policía.

Durante todo el sábado nada supieron de la desaparecida. Llamaron al padre de Frank para que éste les informara.

El domingo, Doris dio una excusa a su madre y salió para Nueva York acompañada de Frank.

La policía no había vuelto por su casa, ni lo hizo en todo el domingo.

A primera hora del lunes Doris y Frank en un taxi se dirigieron a los laboratorios Corban.

Fueron atendidos por la secretaria de Henry Corban.

—Sí. Recuerdo perfectamente que el señor Corban solicitó una auxiliar.

—¿Sabe a qué hora llegó esa señorita? —inquirió Doris angustiada.

—No lo sé. El señor Corban citó a la aspirante en su domicilio particular.

—Ella no me dijo... —empezó Frank.

Pregunten allí. Tal vez la servidumbre podrá informarles, porque el señor Corban salió de viaje para Europa, por eso le urgía ultimar la admisión de una nueva empleada.

—Sí. Jill me habló de ese viaje —replicó Frank algo más tranquilo al ver que los detalles concordaban. Tardaron casi una hora en llegar por el inmenso tráfico ciudadano.

El domicilio particular de Corban estaba en Nueva York en una zona de nueva construcción que el padre de Frank habría reconocido inmediatamente como el sitio donde fue llamado la noche del viernes.

¡Era la misma urbanización donde vivían los Mac Leod!

La casa estaba a irnos cien metros más allá y era la más inmediata a la de Mac Leod.

Les atendió un criado que vestía impecablemente dando la nota de la distinción y lujo de que estaba rodeado el propietario de la villa.

—Sí, señores. Sé que el señor Corban esperaba la visita de una señorita. Recuerdo que la había citado a las nueve.

—¿A qué hora salió? —preguntó Frank.

—¿Cómo dice? —inquirió a su vez el criado.

—¿A qué hora salió de la casa?

—Esa señorita no se presentó.

—¿Cómo? —La pregunta surgió de Doris y la efectuó con la natural extrañeza.

—No vino y ello contrarió bastante al señor Corban.

No había más preguntas que hacer. Resultaba obvio que la desaparición de Jill podía establecerse entre el momento en que abandonó a Frank y el trayecto de ida hacia la casa.

De regreso, Frank murmuró:

—A menos que alguien mienta, sabemos que lo que pudo ocurrirle a Jill tuvo lugar durante el camino...

—¡Dios mío! ¿Un accidente?

—Lo averiguaremos —replicó él.

La búsqueda a los hospitales y centros de asistencia sanitaria resultó exhaustiva y al fin Frank acompañó a Doris a la brigada de la que era jefe el teniente Scott para formular de modo oficial la denuncia.

—No quisiera complicarte. Sé por lo que me has contado de que la policía...

El la atajó:

—No tengo nada que ocultar y ellos sí tienen la obligación de hacer algo por encontrar a Jill.

El taxi les dejó delante de la brigada. La angustia crecía por momentos en el corazón de Doris.

Entraron dentro y poco después se hallaban en presencia del teniente Scott.

Frank presentó a Doris al teniente que tras saludarla murmuró dirigiéndose al joven:

—No cumplió usted mis órdenes, Banner. Debió decirme que se marchaba. Pero ya hablaremos de ello. —Miró a Doris y añadió—: ¿Está usted dispuesta a identificar a su hermana?

—¿A identificar...? Quiere decir que...

—Encontramos a una muchacha. No será un espectáculo agradable.

Si se cree usted capaz.

Doris asintió.

Poco después se hallaban en el depósito de cadáveres.

De una de las cámaras frigoríficas sacaron al cadáver de la muchacha encontrada en aguas del Hudson, desnuda, después de haber sido brutalmente golpeada.

La habían lavado, pero su aspecto todo y con ser mejor, produjo en Doris un momentáneo devaneo. Frank tuvo que sostenerla para que no se desmayase.

Sin embargo, se repuso enseguida y tras una pausa murmuró:

—No podría asegurarlo, pero creo que... que no. No es ella.

Frank negó a su vez.

—No parece ella, desde luego.

—Bien. Siento que haya tenido que pasar por este trance, señorita —murmuró el teniente—. Pero es la única mujer joven, que responde a las características de su hermana.

—¿Podemos irnos? —preguntó Frank.

—¿Piensa marcharse de la ciudad, Banner? —preguntó el policía.

—Es posible.

—Está bien. Déjeme sus señas. Si le necesito espero que acuda a mi llamada.

Cuando poco después Frank y Doris salían a la calle, uno de los subordinados del teniente Scott murmuró:

—¿No le detiene?

Me temo que la declaración de esa señora Peabody no sea demasiado sólida para un buen abogado. Cuando entregue a alguien al juez quiero estar seguro de no equivocarme; entretanto seguid averiguando todo lo que podáis con respecto a Banner.

—Y de esa Jill Ferguson, ¿qué hacemos?

—Si es verdad que estuvo con Banner en un bar de Broadway, habrá que averiguar dónde se dirigió. Preguntad a todos los laboratorios. —Tomó la fotografía de Jill que le había entregado Doris durante la entrevista y la contempló unos instantes—. Bonita muchacha. Tendremos que sacar algunas copias para repartirlas por el Bronx. Cualquiera que la haya visto que informe a la brigada inmediatamente.

CAPÍTULO VII

Hug Mac Leod recogió el cheque que le entregaba el hombre de la compañía de seguros:

—Doscientos mil dólares, señor Mac Leod, con esto queda liquidada la póliza de su esposa.

Mac Leod miró el talón bancario y tras guardarlo en el bolsillo musitó:

—Este dinero no puede devolverle la vida.

Elmer Travis, su socio y amigo le pasó una mano por el hombro.

—Vamos, Hug.

Salieron de la compañía de seguros y ya en la calle Elmer preguntó:

—¿Has vuelto a ver al teniente?

—No. Y no puedo ayudarle. No tengo la menor prueba contra nadie.

—¿Por qué la habrán asesinado? —musitó Elmer que con su rudeza habitual parecía más apenado que el propio Hug—. Si ese tipo pretendía hundirte a ti, ¿por qué planeó el crimen? Porque tuvo que planearlo. —Ojalá no le hubiese hecho caso. Ahora ella viviría.

—Se trata de una venganza, Hug. No han pretendido hundirte. Lo del chantaje fue una excusa. Quien quiera que esté detrás de todo esto, ha querido hacerte daño.

—Y lo ha conseguido, Elmer. No sabe nadie lo que significaba mi esposa para mí. Y lo solo que ahora me siento.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Cuida tú de todo. Yo iré a descansar una temporada. Voy a arreglar las cosas.

Subieron al auto de Elmer para dirigirse a la oficina que

compartían en el negocio de compraventa de terrenos.

Julia, la secretaria, una joven de opulenta anatomía que se empeñaba en resaltar con un conjunto de punto muy ajustado, dejó la novela que estaba leyendo cuando aparecieron sus dos jefes y se apresuró a pasarles el correo.

—¿Ha habido algo? —preguntó Hug.

—Nada, señor. Bueno sí, una llamada. Voz de hombre. No dejó ningún recado.

—Está bien. Cuida tú del correo, Elmer.

Elmer asintió. Tomó las cartas y se dirigía a su despacho contiguo al de su socio cuando llamaron al teléfono. La secretaria desde su mesa en la salita que formaba el antedespacho pasó la comunicación a Hug.

—Creo que es el individuo que ha llamado antes, señor Mac Leod —informó.

Hug tomó el teléfono.

—Mac Leod al aparato. ¿Con quién hablo?

Una voz susurrante, a todas luces disimulada contestó al otro lado del hilo:

—Mereces lo que te ocurre, Hug. Pero no he terminado todavía. Sigo tus pasos de cerca.

—¿Quién es usted? —preguntó Mac Leod haciendo una seña a su socio para que tomara el otro teléfono y pudiera escuchar.

—Nunca sabrás quién soy, Mac Leod, pero te perseguiré siempre.

—¡Asesino! —grito Hug en un arranque de cólera.

—Sí. Yo maté a tu esposa. Pero aquí no acaba todo, Mac Leod. Ahora quiero el dinero del seguro. Todo. Entrégamelo esta noche en el mismo sitio. Ven tú personalmente, pero no intentes avisar a la policía, porque tendría que matarte. Adiós Mac Leod. Te espero a las nueve. Ven tú solo.

No lo olvides. Tú solo.

Y colgó.

Mac Leod se quedó todavía un instante con el auricular en la mano y una expresión de completo anonadamiento. Elmer Travis se acercó.

—¿No pensarás ir, verdad?

—¿Qué? —preguntó Mac Leod con voz lejana.

—Hay que avisar a la policía, Hug. Ahora mismo. Es una buena ocasión para detener al asesino.

—No sé...

—¿No tendrás miedo, verdad? ¡Vamos, Hug! Yo iré contigo. Quiero ver cómo cazan a ese miserable.

Hug asintió.

—Sí, Elmer. Tienes razón. Avisaré al teniente Scott.

* * *

Aquella noche, antes de la hora señalada por el misterioso comunicante de Mac Leod, el teniente Scott había ordenado rodear las inmediaciones del viejo almacén de chatarra.

Sus hombres estratégicamente situados vigilaban todas las posibles entradas y salidas, de modo que aparentemente el lugar parecía tan desierto como de costumbre.

Scott se situó tras un montón de viguetas prefabricadas, que era un magnífico lugar de observación, si bien la oscuridad no permitía distinguir bien a las personas.

Todo el mundo estaba, pues, en su sitio. Hug Mac Leod debía llegar a las nueve según lo convenido.

Faltaban quince minutos cuando de entre el material de construcción salió un hombre enfundado en una gabardina con el cuello levantado. Un sombrero flexible le cubría hasta los ojos.

Se movía ágilmente en la oscuridad y después de mirar alrededor se encaminó hacia el solar que circundaba la propiedad de Travis y Mac Leod. El teniente usando un transmisor puso a sus hombres en guardia.

—Atención, un individuo con gabardina y sombrero se dirige hacia el solar. Sólo puedo ver su sombra, pero parece que va a saltar la valla. Sí. En efecto, se dispone a hacerlo.

El hombre con agilidad se había colgado de la valla de madera para introducirse al patio.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de los hombres a través de su radio portátil.

—Procuren cercarle sin que se de cuenta. Quiero esperar a que llegue Mac Leod y ver cuáles son las intenciones de ese sujeto.

En aquel instante otro agente informó al teniente.

—Creo que nos ha visto, señor. Se dirige hacia una de las salidas.

—Córtenle el paso —ordenó el superior.

Cuatro hombres surgieron de las sombras para acorralar al misterioso sujeto de la gabardina y el sombrero.

El hombre al ver a los policías, dio la vuelta buscando otro sitio por donde huir.

—¡Alto! —le comunicaron varias voces.

El hombre comprendió que estaba acorralado y sin dudar lo sacó del bolsillo de su gabardina una pistola automática y abrió fuego.

—¡Cuidado! —exclamó un agente poniéndose a cubierto.

El hombre continuó su huida disparando para abrirse paso.

Uno de los policías efectuó varios disparos para amedrentarle. El fugitivo, lejos de detenerse, se revolvió tirando a matar. El agente que había disparado sintió un rasguño en el hombro y lanzó una exclamación. Esto provocó el desenlace inmediato, porque una ráfaga de los compañeros del herido segó la vida de aquel extraño personaje. El fugitivo había caído inerte, muerto.

* * *

—Andrea Copelli —identificó Hug Mac Leod.

—¿Le conocía? —preguntó el teniente Scott.

—Sí. Estuvo preso en San Quintín. Ya ni me acordaba de él. No hay duda de que fue él quien mató a mi mujer, y ahora pretendía robarme el dinero del seguro.

El teniente ordenó a los sanitarios que se llevaran el cadáver de Copelli, aquel hombre que no aparentaba más de cuarenta años, de baja estatura y rostro latino.

Posteriormente el teniente supo que Andrea Copelli trabajaba en el laboratorio Corban en calidad de portero nocturno.

Cuando Frank leyó la noticia en los periódicos, estando todavía en Nueva York, se apresuró a personarse al laboratorio.

Si aquel hombre. —Andrea Copelli— era un asesino, ¿por qué no pensar que pudiera tener algo que ver con la desaparición de Jill?

Era una corazonada, y la expuso a Doris cuando se reunió con ella poco después en un café de la Séptima Avenida.

—Vamos a suponer que Jill acudió a la cita en el domicilio de Corban y que fue a la misma hora en que Andrea Copelli estaba cometiendo el crimen o acababa de cometerlo. Jill quizá lo vio, o el asesino sospechó y para no correr riesgos la mató también a ella.

—¡Dios mío! —exclamó Doris, pero reaccionando añadió—. Pero te olvidas de un detalle, Frank. El laboratorio está en Long Island y el crimen fue cometido al otro extremo.

—Tal vez...

Frank no concluyó la frase. Acababa de ocurrírsele algo.

* * *

El teniente Scott tras una ligera pausa murmuró:

—Sí, Hemos confirmado que Copelli había ido en varias ocasiones a casa del señor Corban a llevar encargos.

—Teniente. Entonces todo concuerda.

—¿Le gusta jugar a los detectives, señor Banner? —atajó el policía.

—Escuche, se trata de encontrar a Jill Ferguson. Piense teniente. Ella tenía que acudir a una cita con el señor Corban, y su criado asegura que no llegó a la casa...

Frank expuso su sospecha de que la muchacha pudo ver algo anormal alrededor de la casa de los Mac Leod y ello pudo resultarle fatal.

El teniente Scott miró alternativamente a Frank y a Doris.

—¿Y dónde está el cadáver? —preguntó.

Doris hizo el gesto propio de quien siente un escalofrío.

—Seamos prácticos, el señor Banner piensa que su hermana pudo haber sido asesinada. ¿Dónde está el cuerpo?

—Por eso he venido, teniente. Haga que sus hombres busquen entre las construcciones que se están realizando. Allí vi montones de cemento, de cal. ¡Cal! ¿Me entiende, teniente?

Cal...

También Doris había oído decir que un cuerpo sumergido en cal queda rápidamente descompuesto, quemado. Sintió un nuevo escalofrío mientras musitaba:

—¡Pobre Jill!

El teniente cortó el breve silencio para decir a Frank:

—¿Se da cuenta, señor Banner? Si encontramos a la señorita Ferguson muerta no podrá declarar que estuvo con usted mientras se estaba cometiendo el asesinato de Carol Shepard.

—Ahora me interesa lo que haya podido sucederle a la señorita Jill, teniente. De lo otro no tiene usted ninguna prueba, ni jamás la tendrá. La réplica de Frank había sido tajante, absoluta.

* * *

Lo que quedaba del cuerpo de Jill Ferguson fue depositado fuera del pequeño pozo lleno de cal que fue necesario romper ya que se había secado dado los días transcurridos.

—Ya no cabe duda. Lo que sospechaba era cierto —dijo Frank—. Tu hermana debió llegar poco más o menos en la hora que el asesino acababa de cometer su crimen. Debió verle salir de la casa y la siguió para que jamás pudiera identificarla.

Scott intervino:

—¿Por qué razón? Ella no podía conocer a Andrea Copelli, suponiendo que fuera él el asesino de la señora Mac Leod.

—Jill tenía que trabajar en los laboratorios Corban. Puede que cuando acudiera a solicitar el empleo en la fábrica de Long Island viera a Copelli allí. Y es posible que en la noche del crimen lo reconociera al salir de la casa. Copelli debió tener miedo de que cuando apareciese la información en el periódico respecto al asesinato, Jill pudiera atar cabos con respecto a su presencia en la casa. ¿No lo ve claro aún teniente?

Doris estaba llorando. Había pugnado por contener las lágrimas, pero la tensión logró vencerla.

Frank la consoló.

Ella buscó la protección del pecho del hombre, mientras uno de los agentes del precinto policial llegaba en aquellos momentos con una información que transmitió en voz baja para que sólo pudiera oírla el teniente Scott.

—Hemos encontrado algo en el domicilio de Andrea Copelli.

—¿Qué es?

—¡Esto!

Y entregó una vieja cartera de mano repleta de billetes.

—Dinero. Hay por lo menos cinco mil dólares.

—Cuatro mil ochocientos, teniente —replicó el agente—. Es posible que originalmente hubiera cinco mil. En el barrio dicen que Copelli pagó algunas deudas ese último día. Hemos sumado más o menos el total de lo pagado y se aproxima a los doscientos dólares.

—Eso quiere decir que Copelli recibió el dinero poco antes...

Es lo que he pensado, señor.

El teniente se mordió el labio inferior.

—Le pagaren para que matara a la señora Mac Leod. Ahora ya sólo falta saber: ¿quién le pagó?

CAPÍTULO VIII

La secretaria del señor Corban contestó con algún recelo las preguntas de Frank.

—Sí. La señorita Ferguson estuvo aquí el día anterior. No pudo ver al señor Corban y yo le rogué que llamara más tarde, cuando lo hizo el señor Corban le indicó que fuera a su domicilio aquella noche. ¿Es esto lo que desea saber señor, Banner?

Frank asintió.

—Sí. Quería saber si ella estuvo aquí antes y tuvo posibilidad de ver a Andrea Copelli. Ese italiano que trabajaba como portero nocturno.

—No sé. En aquel momento no era su turno, pero puede que estuviera en la casa por alguna razón. A veces hacía recados particulares para el señor Corban.

—Quisiera saber si este día estaba aquí.

—¿Por qué?

—Está relacionado con el asesinato de la señorita Ferguson. Usted no puede saberlo todavía. Lea el periódico de mañana.

La secretaria quedó perpleja mientras Frank después de agradecerle la breve información se disponía a salir.

En uno de los pasillos se cruzó con Mac Leod y se quedó de una pieza.

Había visto el retrato de Mac Leod en los periódicos y empezaba a preguntarse qué relación podía tener el hombre al que asesinaron a su esposa con aquellos laboratorios.

Aguardó en la calle y al cabo de unos veinte minutos Mac Leod volvió a salir. Entonces Frank entró de nuevo y en pocos minutos se hallaba otra vez frente a la secretaria.

—¿Otra vez...? Bueno. No le extraña que el señor Mac Leod

visite esta casa. El señor Corban adquirió una parcela en la nueva urbanización de la que es propietario el señor Mac Leod.

Aquello parecía explicar muchas cosas. De todos modos ya no era de su incumbencia. La cosa parecía bastante clara y ya no cabía la menor duda de que su teoría estaba plenamente demostrada. Jill había visto a Andrea Copelli salir de la casa y como posteriormente ella habría podido reconocerle, el hombre que acababa de matar a la señora Mac Leod no vaciló en cometer un segundo asesinato y por la premura del tiempo y no sabiendo qué hacer con el cadáver lo enterró en un pozo de cal, la cal estaba allí y también el agua en los depósitos de la compañía constructora.

Todo pues parecía claro. Una inocente había pagado con la vida las maquinaciones de un asesino.

Sin embargo...

* * *

A Frank le esperaba una desagradable sorpresa.

El teniente Scott le esperaba frente a su apartamento. Salió del coche acompañado de un agente.

—Vamos a charlar un rato. Suba, Banner.

—¿Otra vez? ¿Qué quiere ahora?

—Charlar, ya se lo he dicho.

Y la conversación, momentos después, en el apartamento de Frank, versó sobre el asesinato de su ex novia.

—Bien, Banner. El asunto Mac Leod nos ha apartado un poco de usted.

—Ya le dije lo que tenía que decir.

—Sí. Que no puede justificar dónde estuvo entre ocho y ocho cuarenta y cinco.

—Con Jill Ferguson.

—Pero ella está muerta y los muertos no pueden apoyar las coartadas de los vivos. Al menos en este caso.

—Oiga, teniente. Primero creyó usted que Jill no existía. Ahora no sólo ha comprobado que era una muchacha de carne y hueso, sino que además, la vio muerta. Yo tenía razón en todo lo que le dije. Ella tenía una cita en la casa del señor Corban y...

—El que usted supiera todo esto, Banner —cortó el policía— no

demuestra que usted estuviera con ella esa noche precisamente. Otras personas lo sabían. La dueña de la pensión, sus amigas. A todos habló de esa cita.

Conmigo no pudo hacerlo antes por la sencilla razón de que yo no sabía que Jill estuviera en Nueva York.

La encontré casualmente poco después de haber salido de casa de Carol.

—Todo esto lo dice usted, pero lo que necesito son pruebas, Banner. Y usted no puede dárme las. ¿Quiere hacer conmigo el mismo recorrido que hizo esa noche?

—Ni siquiera me acuerdo de los sitios que estuve. Estaba deshecho moralmente. Yo quería a Carol y recibí un rudo golpe.

—¿Ni tampoco dónde estuvo con la Ferguson?

—Creo... creo que sí. Un bar de la calle Cuarenta y Cinco. A tres manzanas del teatro donde pensaba ir con ella.

—Bien. Vayamos a ese bar —murmuró el teniente.

* * *

Como Frank imaginaba, en el bar el barman no pudo recordarle.

—Primero estuve solo en la barra, luego al encontrar a la chica nos sentamos en una mesa —puntualizó Frank recordando paso a paso lo que hizo durante su estancia en el local.

El barman se encogió de hombros y tampoco Frank pudo recordar qué camarero les había servido.

Salieron del bar y estuvieron paseando unos veinte minutos. Luego él manifestó haber dejado a Jill en el Metro y haber entrado en otros bares.

—¿Cuánto *whisky* bebió? —preguntó el policía.

—Tres o cuatro, no recuerdo. A veces ponía música en uno de los tocadiscos.

—¿A qué hora llegó al teatro?

—Más o menos a las nueve y veinte minutos.

Más tarde el portero del teatro afirmaba:

—Sí. Le recuerdo. Estaba bastante nervioso. Dijo que esperaba a alguien.

La taquillera informó:

—Vino a buscar las entradas por la tarde. Lo recuerdo porque

me fijé en él cuando estuvo aquí esperando.

—Usted dijo que no había visto a Jill hasta aquella noche —dijo el policía a Frank.

—Es que no compré las entradas para ir con Jill, sino con Carol. Fue antes de que rompiéramos.

—¿Sabe lo que pienso, Frank? —dijo el policía, llevándoselo aparte.

Frank arqueó las cejas y el policía le sacó de dudas.

—Usted compró las entradas. Fue a casa de su novia. Discutieron. Además del testimonio de la señora Peabody otro vecino le oyó amenazar a su novia en el rellano.

—¡No es cierto!

—Usted dijo más o menos que cualquier día amanecería muerta en un callejón... ¿No es cierto?

—Tal vez. Pero estaba ofuscado. En tales momentos se dicen cosas que...

—Bien, Frank, déjeme seguir —cortó el policía.

Y siguió:

—Usted salió de la casa y volvió a entrar tal como afirmaba la señora Peabody. Mató a su novia en un arrebato de celos, o lo que fuera y entonces estuvo deambulando hasta que pensó que sería mejor acudir al teatro y fingir esperar a alguien...

—¡Esto no es cierto! —bramó Frank—. Sería absurdo. Me habría buscado una coartada.

—Tal vez pensó entonces en la señorita Ferguson.

Quizá ella para hacerle un favor y confiando en usted como confía su hermana, hubiera mentido por ayudarlo y hubiera dicho que estuvo con usted durante todo el rato. Pero desgraciadamente, la señorita Ferguson ya no puede ayudarlo.

Se hizo un silencio.

Frank parecía agotado, imposibilitado de esgrimir más argumentos. Sí, verdaderamente alguien le había oído discutir y aquella condenada señora Peabody insistía, aunque fuera falso, en que le había visto regresar, el teniente tenía perfecto derecho a considerarle como el principal sospechoso.

Él no tenía prueba alguna de que lo que sabía de Jill Ferguson no hubiese podido contárselo ella en otra ocasión y no precisamente aquella noche.

Por lo tanto, sin poder demostrar la verdad, muerta Jill, nada podía librarle de aquellas absurdas sospechas. Absurdas para él que se sabía inocente, pero bastante lógicas para el policía.

—¿Va a detenerme?

—De momento voy a llevarle a la comisaría para interrogarle.

No conseguirá nada, teniente. Le he dicho la verdad.

Scott se encogió de hombros. Frank pensó entonces que si se dejaba conducir sus posibilidades de demostrar su inocencia quedarían reducidas a cero y recordó a alguien que podía ayudarle: Francis Taker de la agencia de detectives para la cual había realizado algunos trabajos.

Con gesto resignado bajó la cabeza.

Había bastante gente por la calle de Broadway y el tráfico rodado estaba a tope.

Sólo tuvo que desasirse del teniente que le sujetaba el brazo y echar a correr cogiendo desprevenido al policía y al agente que iba con él.

Se perdió entre la multitud.

—¡Qué no escape! —gritó Scott.

El policía que conducía el coche hizo sonar la sirena y consiguió que algunos automóviles le cedieran el paso, pero el tránsito era demasiado denso.

El agente corrió entre la gente y el teniente cruzó la calle para cortar el paso, pero Frank se había metido por un callejón.

Cuando sus seguidores llegaron a aquel punto, Frank estaba ya al otro lado.

Corrió hasta serenar su paso al llegar a la altura de la Quinta Avenida repleta de gente.

Tomó el Metro a la altura de Times Square perdiéndose por una de las treinta y cuatro líneas por las que se llega a un laberinto de corredores.

Después de efectuar varios transbordos, tuvo la seguridad de que había despistado por completo a la policía.

CAPÍTULO IX

Francis Taker prometió ayudarle.

—Deseo saber qué relaciones tenía Carol y la gente que la visitaba, y con los que solía salir, sobre todo últimamente.

—¿Qué vas a hacer tú, entretanto? —le preguntó Francis, el veterano detective, hombre cuarentón, de aspecto reposado pero que Frank sabía perfectamente que detrás de aquélla fisonomía se escondía un cerebro ágil, una mentalidad dinámica y que todo él rezumaba energía por los cuatro costados.

—No lo sé. Pero intentaré no dejarme ver. Te daré el número donde puedes llamarme.

—Sí, hazlo. Procuraré trabajar deprisa, aunque no es fácil. Voy a encontrar algunos obstáculos, sobre todo estando la policía de por medio.

Cuando Frank salió a la calle, se metió en una cabina pública y llamó al hotel donde se alojaba Doris.

Ella le informó:

—Sí. La policía estuvo aquí. No vengas ahora. Creo que vigilan el hotel.

—Claro. Suponen que iré...

—Frank... Me gustaría ayudarte —murmuró ella—. Yo sé que tú no puedes ser culpable.

—Gracias, Doris. Pero ya ves que la policía piensa lo contrario. Yo te aseguro...

—Calla. Tú me has ayudado...

—Desgraciadamente poca cosa he podido hacer.

—Frank, no sé cómo avisar a mi madre. Lo de Jill será un rudo golpe para ella.

—Se me ocurre una idea... ¿Quieres ayudarme, verdad? Bien...

Iremos a Brayton. Yo... intentaré explicar a tu madre lo ocurrido y entre los dos trataremos de aminorar el golpe. Después... ¿Tenéis todavía aquel refugio en la montaña?

Sí, Frank.

—¿Te importaría que yo...?

—Puedes utilizarlo, Frank.

—Gracias, Doris.

—¿Cuándo marcharemos?

—Mañana. Entérate de los horarios. Seguramente la policía vigilará las estaciones. Compra dos billetes. Yo llegaré, en el último momento.

—Escucha, hay un tren por la mañana a las nueve. Pero el teniente dijo que fuera a buscar las pertenencias de Jill y tengo que firmar unos papeles... Podemos salir a la tarde. A las tres.

—De acuerdo. Compra los billetes —recalcó él.

* * *

Cuando Francis Taker llegó a la mañana siguiente a su oficina, encontró el lavabo ocupado. Y olor a humo en todo el despacho.

—Qué extraño —murmuró.

La puerta se abrió y apareció Frank.

—¡Vaya! Debí suponerlo. ¿Por qué no me dijiste que pensabas pasar la noche aquí y convertirme en encubridor de un sospechoso de asesinato?

—Anoche no sabía lo que hacer... ¿Te molesta?

—Ahora ya no serviría de nada... Pero lárgate. No quiero líos...

—Sacó un periódico del bolsillo y miró una de las páginas murmurando—: Aunque no sé dónde vas a ir... Mira, han sacado tu foto.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Frank, viéndose retratado en el periódico—. Llamaré a papá. El pobre hombre no gana para sustos.

—No lo hagas desde aquí. Tendrán el teléfono intervenido. Enviaré a uno de mis hombres a la compañía de taxis y le dará el mensaje que quieras.

—Buena idea. ¡Ah! Supongo que es temprano para que sepas algo todavía, ¿no?

—¿Qué te figuras, que mis hombres son adivinos? Ya están

trabajando en el asunto. Les he dado prisas, pero no confíes demasiado, ya te dije que tropezaríamos con serias dificultades.

—Me voy.

—¿Dónde? —Gruñó el detective.

—No lo sé. Pero me voy. Quizá esté ausente algunos días. Te enviaré mis señas.

Y Frank salió del despacho para dirigirse a una de las puertas secundarias, para llegar a la calle por la parte lateral, un callejón por el que se perdió.

Con el cuello de la gabardina alzado y el sombrero calado hasta los ojos, procuró recorrer los lugares menos concurridos.

Fue casi una hora más tarde, cuando decidió acercarse al hotel de Doris.

Mezclado entre algunas personas que recorrían rápidamente la calle, creyó ver a un par de hombres de paisano en actitud de disimulada espera.

Indudablemente, Scott seguía creyendo que a la larga el sospechoso acudiría a Doris.

Iba a doblar la esquina para alejarse, cuando escuchó la voz:

—¡Hijo!

Venía de un coche, de un taxi, a cuyo volante iba su padre.

—Vamos, deprisa, sube...

Rápidamente, Frank se introdujo en el coche.

—He perdido media mañana buscándote.

Él se acomodó detrás como un pasajero. Su padre le hablaba sin volverse.

—¿Te han dado el recado?

—Sí. ¿Piensas irte a Brayton?

—Esta tarde, en el tren de las tres.

—Parece que una maldición haya caído sobre nosotros... Escucha. He hablado con Mac Leod.

—¿Mac Leod?

—Sí. Anoche llamó. Dijo que le mandaran el mismo chófer que descubrió el cadáver de su esposa. Que era un asunto muy importante, y fui a verle.

—¿Qué quería?

—Me hizo repetir lo que ya había dicho a la policía. Cómo encontré a su esposa, en fin, todo...

—¿Para eso te llamó?

—Éste era uno de los motivos, pero había otro. Dijo que quería hablar contigo.

—¿Conmigo? —se extrañó Frank.

—Sí. Se enteró por la Prensa de que te buscan. Se ha dado una amplia información sobre ti y me mencionan a mí en el asunto.

—No puedo comprender...

Dice que es algo importante, sobre todo para ti y si puede interesarte que vayas a su casa. Parecía dispuesto a ayudarte... como si supiera algo del asesinato de tu novia. Creí entender que según él los dos casos están o pueden estar relacionados. El de su mujer y el de Carol.

—¡Es inaudito! ¿Por qué no acude a la policía?

—Dijo que tenía motivos para no hacerlo y que no diría más cosas excepto a ti.

—Está bien. Llévame a su casa.

—¡Allá vamos!

* * *

El padre de Frank se marchó a su trabajo, mientras el joven entraba en la casa.

Estaban solos Mac Leod y Frank, sentados ambos en el despacho del dueño de la residencia.

—Supongo le extrañará que le haya citado, pero el caso de mi mujer no termina conociendo el nombre de su asesino... La policía encontró dinero en casa da italiano y se supone que alguien le pagó para que acabara con mi esposa. Bien. El escándalo no ha podido evitarse. Ahora ya todo el mundo sabe que yo he estado en la cárcel. Eso le demostrará por qué la policía no me es simpática, aunque lo mío no fue un asunto di sangre. Pagué y estoy en paz. Cometí un fraude según dijeron, pero hoy en el mundo se cometen estafas mucho mayores y los culpables andan sueltos. Todo es cuestión de categorías. En fin, yo no tengo padrinos y por eso fui a parar a San Quintín, y alguien ha querido vengarse. A la larga no me extrañaría que hasta terminaran acusándome a mí.

—Usted sabrá si tenía motivos para matar a su mujer —replicó Frank sin demasiado interés.

—Me había casado con ella hacía dos años. Todo el mundo sabe que nos adorábamos.

Frank se encogió de hombros.

—Cobré un importante seguro de vida por la muerte de mi pobre esposa. ¿Sabe? Esto podía ser un móvil.

Frank siguió completamente desinteresado y el dueño de la casa pareció darse cuenta de ello.

—Sí, ya sé que todo esto a usted no le importa. Tiene sus propios problemas, pero iré directamente al asunto.

—Usted dijo a mi padre que la muerte de Carol Shepard podría estar relacionada con la de su mujer y no veo esa relación.

—No le dije eso exactamente, pero usted está en un apuro y yo, además de que pueda verme pronto en el mismo sitio, deseo saber quién mató a mi mujer. O quién pagó para que la mataran.

—¿Por qué no alquila un detective?

—No. En este asunto debo de andar con mucho tiento. La persona de la que sospecho no es ningún idiota, y, además, lo que debo pedirle no lo haría ningún detective privado.

—¿Algo fuera de la ley?

—Entrar en cierta casa y coger determinado objeto que encontrará en algún lugar.

—Robar, en definitiva.

—Llámelo como quiera, pero ahí puede estar la clave del asesinato de mi mujer.

—¿Y me elige a mí porque soy un fugitivo?

—Le pagaré por ello.

—»Me cree de veras un asesino y piensa que por dinero seguiré su juego...

—No me ha comprendido, señor Banner. No es dinero únicamente lo que le ofrezco.

—¿Qué entonces?

—Durante estos días, pensando en lo de mi mujer, he estado demasiado preocupado, todo me parecía confuso, pero leyendo los periódicos atrasados he visto el retrato de la joven a la que se supone usted ha asesinado.

—¿La conocía usted?

—La vi una vez. En compañía de cierta persona. Últimamente creo que salía bastante con ella.

—Y esa persona...

—Es la misma a cuya casa quiero que vaya precisamente usted. No puedo encomendar el trabajo a un detective, ni quiero que la policía husmee. Usted se dará maña para que nadie le eche el guante, y por otra parte debe estar interesado en conocer a esa persona, que bien podría ser el asesino de su novia.

—¿Quién es esa persona?

—Le diré el nombre en cuanto acepte el trabajo que le pido.

Compréndalo, señor Banner, Debo estar seguro. En cuanto al dinero...

Dejemos esta cuestión. Necesito encontrar al asesino de Carol, si no estoy metido en un buen lío.

—Entonces, ¿acepta?

—¿Qué tengo que hacer?

—Ir a la casa cuyas señas le daré. Está en Statte Island, cerca del mar. En este tiempo es un lugar solitario, y la persona dueña de la villa no suele ir, al menos durante el día. En todo caso, lo hace por la noche cuando tiene alguna conquista que llevar allí.

—¿Quién es?

El dueño de la casa vacilé un momento. Al fin dijo el nombre:

—Charles Cortan.

CAPÍTULO X

Eran las doce del mediodía cuando el padre de Frank regresó a buscarle.

El mismo le condujo hacia la casa de Corban en Statte Island.

—¿Qué es exactamente lo que tienes que ir a buscar? —preguntó el viejo.

—Una especie de diario que por lo visto Corban guarda como oro en paño y lo tiene en ese *bungalow* algún lugar de su estudio.

—¿No te parece un poco raro todo esto?

—Me gustará echarle una hojeada a ese diario. De momento, si como afirma Mac Leod, Corban estuvo viendo a Carol, esto puede ser una pista, y en estos momentos cualquier indicio es bueno.

—¿Qué más te dijo, Mac Leod? —preguntó el taxista.

—Que es un mujeriego y que sospecha de él desde que compró los terrenos para edificar cerca de donde él vivía.

—¿Por qué?

—Al parecer antes de Mac Leod se casara, Corban había ido con la chica.

—¿En serio?

—No sé si en serio o por pasar el rato, pero discutieron y según Mac Leod su esposa le había dicho en alguna ocasión que Corban era vengativo. Que no consentía que ninguna mujer le dejara.

El padre quedóse pensativo mientras seguía conduciendo el vehículo hacia Statte Island.

Siguieron un buen rato en silencio, hasta llegar a los alrededores de la casa.

—Da una vuelta. No te quedes aquí, papá. Regresa dentro de... unos quince minutos.

—¿No sería mejor que vigilara por si viene alguien? Este

condenado asunto no me gusta nada.

Estoy luchando por demostrar mi inocencia y sólo lo conseguiré conociendo el nombre del verdadero culpable.

—No me alejaré demasiado —prometió el taxista, mientras su hijo bajaba.

Tenía que apañárselas para entrar en la casa.

La edificación, a los cuatro vientos, estaba rodeada de un pequeño jardín, era lujosa de las caras y las paredes eran sólidas.

Encontró en la parte trasera una ventana que cedió fácilmente y así pudo colarse al interior.

Poco después y tras cruzar el amplio y confortable *living* con hogar para los días fríos de invierno, acondicionado todo para cualquier época del año, Frank pasó al estudio que tan bien había descrito Mac Leod. Allí comenzó a buscar, no sin entreabrir una ventana para atisbar de cuando en cuando el exterior.

Fuera un coche se aproximó a la casa. El taxista, al ver cómo se detenía, puso en marcha el motor. Se había parado una manzana antes de llegar y le extrañó ver el auto.

Al pasar por delante reconoció a la persona que estaba al volante.

Había estado con él cuando prestó declaración como testigo de haber encontrado el cadáver de la señora Mac Leod.

Aquel hombre era...

¡Elmer Travis!

Elmer se volvió y vio también al chófer, pero tal vez en el mismo momento no pudo reconocerle.

Salió un momento pero volvió a entrar.

Puso el coche en marcha y dio la vuelta por el lado opuesto que había cogido el taxi.

Frank salió en aquellos instantes y al ver el coche de su padre que estaba dando la vuelta le llamó.

Poco después se acomodaron en el interior. —¡He visto al socio de Mac Leod! Le reconocí— dijo. —¿Dónde le has visto?

—Frente a la casa.

—Humm. ¿Qué puede estar haciendo aquí?

—No lo sé. Voy a dar a vuelta.

Lo hizo.

Al pasar nuevamente por delante de la casa, el coche no estaba,

pero sí se encontraba en la otra esquina. Estaba vacío.

—¡Travis no está! —exclamó el taxista.

—¿Crees que puede haber entrado en la casa? —preguntó Frank.

—No le he visto. Pensé que era mejor que no me reconociera, aunque no sé si lo he conseguido.

—Bien. Hablaré con Mac Leod de esto. Quizá le interese.

—¿Has conseguido lo que buscabas? —preguntó su padre.

—Sí. —Y Frank sacó del interior de su bolsillo una libreta con tapas negras, de piel.

—¿Es un diario?

—Sí, Corban es bastante cuidadoso. Anota todas sus cosas. Sólo lo he hojeado.

—¿Dice algo de la noche de los crímenes?

—Nada. Está en blanco, pero en cambio hay un par de anotaciones muy importantes. Son del año pasado. Voy a leerte una de ellas:

«Febrero, 22:»

«La pobre Irene ha muerto. Tenía que ser así. Una mujer como Irene es un peligro constante para cualquiera. Su cuerpo ha sido encontrado en el Hudson, borracha. Sí. Una lástima».

—¿Quién debe ser ésa Irene? —Inquirid su padre.

—No lo sé. Pero esta anotación es bastante significativa. Y hay otras. Ésta, por ejemplo:

«Corcoran ha tenido un percance con cuatro tipos que le salieron al encuentro y le vapulearon. Seguramente Corcoran habrá escarmentado».

—Y está fechado de hace tres meses.

—Ese Corban debe ser un perturbado. Si esas cosas ordena hacerlas él, es una locura tener un libro así en casa.

—Lo tenía en el doble fondo de un panel. Lo descubrí por casualidad.

Pero temo que no le sirva de mucho a Mac Leod, ni a mí...

—¿Hay algo más?

—Algunas cuentas y signos que no entiendo. Remesas de productos seguramente, nombres de barcos y otras cosas por el estilo. Está en las últimas páginas.

Y Frank cerró el voluminoso libro del que quedaban todavía varias páginas en blanco.

Tal vez no anote nada hasta su regreso de Europa —dijo Frank—. Creo que sería mejor devolverlo a su sitio y buscarlo en otra ocasión. Se lo diré a Mac Leod.

* * *

Mac Leod se mostró tan satisfecho con aquel libro en las manos como si hubiese descubierto un filón de oro.

—No importa lo de las fechas. Esto es ya una prueba. La prueba de muchas canalladas que permitirá abrir una investigación.

—Pero esa noche, Corban no estaba en la ciudad.

—Ésa es su coartada. Paga a alguien para que cometa un crimen mientras él se halla a miles de millas.

—¿Y lo de Carol Shepard?

—Si conseguimos que confiese un crimen también confesará el otro. Al fin y al cabo si le sientan en la silla eléctrica sólo pueden matarle una vez.

—Pero en ninguna página nombra a Carol, señor Mac Leod y, sin embargo, lo he mirado y aparecen otras chicas.

—Nunca las ponía con su nombre auténtico. Las nombraba a su antojo. Las «bautizaba» como él solía decir... Veamos.

Mac Leod miró unas cuantas páginas.

—Mire... Aquí nombra Piernas de Terciopelo. Podría ser su Carol.

—¿Qué dice de ella?

—Poca cosa. Que tiene una cita con Piernas de Terciopelo.

—Esto no prueba nada —replicó Frank desalentado—. Déjeme ver a mí.

—Tenga cuidado con ese libro —espetó Mac Leod.

—Lo he tenido hasta ahora, señor Mac Leod.

—Sí, sí, claro.

—Por cierto. Su socio estaba rondando la casa.

—¿Travis?

—Sí. Mi padre lo reconoció.

—¡Travis! —exclamó Mac Leod pensativo.

Frank dedicó su atención a las páginas de aquel singular diario y al cabo de unos momentos sus pupilas se dilataron.

—¡Bazar Oriental! —exclamó.

—¿Ha encontrado algo?

Tenía razón. Carol trabajaba en el Bazar Oriental de la calle 34...

Pero no es Piernas de Terciopelo, aquí nombra a Cindy Cabellos de Fuego.

—¿Era rubia Carol?

—Sí. Rubia platino. Le gustaba teñirse. Se pasaba horas...

—Entonces no hay duda...

—Mac Leod. Ese libro es muy importante. ¿Cuándo se lo entregará a la policía?

—Paciencia, Blanner. Primero quiero hablar con Corban, cuando regrese.

—Hábleme de Carol. Yo averiguaré si en el bazar hay alguna chica llamada Cindy. Y procuraré ponerme en contacto con alguna de las compañeras de Carol. Si tuviera algún retrato de Corban... Descríbamelo.

—Tiene cuarenta años, pero no los aparenta. Viste con elegancia. Pelo castaño y tiene un defecto en una pierna que le hace cojear ligeramente, pero él procura disimularlo. Su obsesión son las corbatas.

—Le conoce usted bien, ¿eh?

—De vista. Desde que mi difunta esposa me habló de él —replicó Mac Leod guardándose nuevamente el diario.

CAPÍTULO XI

Eran la una y cuarto.

—De prisa, papá. A las tres tengo que estar en el tren.

La calle treinta cuatro quedaba lejos, pero el padre de Frank pisó a fondo mientras encontró vía libre.

—No es prudente llamar la atención —dijo al mezclarse entre el tráfico de Manhattan.

El Bazar Oriental era uno de esos sitios que están permanentemente abiertos.

Frank saltó del coche una esquina antes y se metió en una cabina telefónica. Buscó el número y marcó.

—¿Bazar Oriental? ¿Quiere ponerme con una dependienta llamada Cindy?

La voz replicó al otro lado del hilo:

—Aquí no trabaja ninguna chica de ese nombre.

—¿Está seguro?

—Claro que lo estoy, soy el dueño y no permito llamadas particulares...

—Oiga, si está esa joven...

—No trabaja ninguna Cindy —cortó la voz masculina y enseguida colgó.

Frank colgó a su vez y, acercándose al taxi dijo a su padre:

—Me acercaré a esa hora alguna de las chicas saldrá a comer. Lo hacen por turnos y así nunca cierran al mediodía.

—Ten cuidado.

—No te muevas.

Mezclado entre la gente que aquellas horas entraba y salía de los restaurantes para tomar el almuerzo, se acercó al bazar.

Al cabo de diez minutos vio salir a una de las chicas. Se llamaba

Sheila y Frank la conocía por haberla visto otras veces en que había ido a buscar a su novia.

Sheila se contoneaba al andar, como casi todas las dependientas del bazar como si su propietario las eligiese adrede.

La muchacha se dirigía hacia un bar cercano, cuando Frank la atajó sujetándola por un brazo.

Ella iba a lanzar una exclamación, pero al reconocer a Frank sonrió primero para agrandar los ojos poco después al recordar que era un perseguido.

—Pero...

—Silenció, Sheila.

—¡Oh! Usted no puede...

—Cállese ahora. Necesito que me diga algo importante.

Casi la arrastró hacia el vestíbulo de un edificio. Miró alrededor. La gente tenía demasiada prisa para fijarse en ellos.

Frank buscó un sitio mejor.

Siempre llevándola del brazo salió de allí para meterse en un callejón cercano. Al fondo la callejuela formaba un recoveco. Allí estaban las escaleras de emergencia y debajo formaba un pequeño patio.

Completamente a cubierto de miradas indiscretas, Frank le describió a Charles Corban.

—Contesta, Sheila... ¿Sabes si a Carol venía a buscarla un tipo con esas señas?

—No lo sé, de veras... Yo no la había visto.

—Pero ella os tenía confianza. Os hablaba de sus cosas. Os diría que además de salir conmigo lo hacía con otros. Puedes hablar sin miedo, Sheilá. Sé qué clase de vida llevaba. Ojalá lo hubiese descubierto antes...

Ella dudó.

—Frank, no está bien hablar de los muertos —dijo con falso sentimiento.

—Estoy tratando de demostrar que yo no la maté, Sheila.

—Bueno, éste es asunto suyo... Yo no sé nada.

El apretó con fuerza los brazos de la muchacha.

—¡Vamos, Sheila! No están bien esos remilgos. ¿Te dijo alguna vez algo?

—Me haces daño, Frank.

El aflojó la presión.

—Bueno, sí —murmuró al fin la joven—. Sé que tenía algún pretendiente. Ella decía que era rico. Y decía que ya estaba harta de ir con un pelagatos como usted. Perdone. Usted quiso saberlo.

—Está bien, Sheila; si es todo lo que sabe.

Ella asintió.

* * *

Eran casi las dos.

—¿Quieres ir a la estación? —preguntó su padre al volante de su coche.

Periódicamente iba levantando a bandera, para después bajarla, y así parecía que todo aquel recorrido eran diversas carreras que luego justificaría pagando de su bolsillo.

—Es temprano todavía.

—¿Por qué no vas al teniente Scott y le cuentas lo de hoy?

—No hay ninguna prueba, papá... Prefiero que no me echen el guante y en cuanto Corban haya regresado, yo también iré a hacerle algunas preguntas. Si no consigo una confesión, aguardaré a ver lo que Francis Taker ha podido averiguar.

Su padre hizo correr el automóvil a la velocidad que imponía el tráfico. De todos modos no había prisa. Puso la radio y la música inundó el interior del vehículo. —¿Te molesta?— preguntó el taxista.

—No, no. Déjala abierta.

Pasaron por delante de la estación central y el chófer echó una ojeada. A simple vista no parecía haber ningún policía.

También Frank había mirado.

Más tarde el coche viró hacia una calle transversal y siguió hasta Greenwich Village, para regresar dando un rodeo.

La radio seguía transmitiendo música hasta que se interrumpió. El locutor anunció:

—Boletín de noticias de última hora.

Dio cuenta de un atraco perpetrado en una sucursal bancaria de Brooklyn, del asalto a una muchacha en pleno día en el Central Park y por fin:

—En una villa de Statte Island, hace escasamente una hora, la

policía ha descubierto el cadáver de un hombre. Se trata de su propietario Charles Corban, dueño de unos importantes laboratorios...

Según el locutor la casa había sido encontrada revuelta con huellas de lucha.

El padre cerró la emisora.

—¡De prisa! ¡Llévame a casa del señor Mac Leod! —exclamó Frank.

* * *

—¡No! No sabía nada —replicó Mac Leod cuando Frank le comunicó a bocajarro la noticia—. Casi nunca pongo la radio y en estos días tampoco hago funcionar la televisión... ¡Es increíble! Creí que Corban estaba en Europa.

—Creo que tendrá que buscar a su socio Elmer Travis. Acuérdesse que le dije que mi padre le había visto allí, pero no me nombre. Ya tengo bastantes problemas. Sólo me faltaría que ahora me cargasen ese muerto.

—Nadie, excepto yo, sabe que usted estuvo allí. No tiene por qué preocuparse. No hable de ello con nadie. Yo me entrevistaré con el teniente. Dígame dónde puedo encontrarle, para cuando tenga noticias.

—Pensaba irme a Brayton, pero ahora, no sé...

—Hágalo, Banner. Esto traerá consigo una larga investigación.

—Sí, lo supongo...

Frank pensó que la única salida la tenía en lo que pudiera averiguar su amigo Francis Taker.

—A propósito... ¿Encontró algo relacionado con su mujer en el diario de Charles Corban?

—Hay ciertas alusiones, con nombre supuesto. Espero que el teniente sepa apreciarlas. Márchese tranquilo.

—¿Y qué hay de lo de su socio?

—De un modo u otro, la policía lo sabrá y no se preocupe. Usted quedará completamente al margen.

Mac Leod tendió la mano a Frank que la recogió estrechándola.

—Animo, muchacho. Después de todo Corban era un mal sujeto.

—¿Cree que ha podido matarle su socio?

—No lo sé.

—Pero si lo hizo... ¿Con qué motivo?

—Tampoco lo sé.

—¿Confía usted en su socio, señor Mac Leod?

—Para el negocio, sí, pero... En son cosas en las que ahora voy reparando. No se preocupe —repitió—. Es asunto mío. Puede acudir a mi casa siempre que lo desee. Yo no le creo culpable, señor Banner.

Frank salió de la casa. Su padre le aguardaba.

—Es tarde. Vas a perder ese tren. Tenemos el tiempo justo.

—Date prisa.

El taxista arrancó y al doblar la esquina, Frank se volvió ligeramente descubriendo que un coche les seguía.

—¡Mira!

—Creo que conozco el automóvil.

Frank cayó en la cuenta.

—¡Sí! Es el mismo que estaba en Statten Island cuando estuvimos allí este mediodía.

—El de Travis.

—¿Por qué diablos nos sigue?

—Sabe que le hemos visto.

—Acelera. Dobla la primera esquina y para un momento.

—¿Qué piensas hacer?

—Saber qué se propone.

—No te arriesgues, si ese hombre es un asesino...

—Papá no hay tiempo de discutir. Ve a la estación. Si ves a Doris dile que yo retrasaré el viaje hasta el próximo tren. Fíjate tú en la hora que sale. No importa que la policía te vea hablar con ella.

Su padre había llegado a la esquina inmediata y doblaba. Detrás seguía el coche de Travis.

—¡Ahora! —gritó Frank.

Su padre aflojó la marcha y Frank saltó fuera.

El taxi siguió su marcha veloz. Frank aguardó en un portal.

Un minuto después aparecía el auto de Travis dando un brusco frenazo en la cerrada curva para entrar en la calle.

Frank salió del portal yéndose hacia el coche.

El auto marchó todavía varios metros hasta que frenó bruscamente.

—¡Eh, Travis!

Frank dio la vuelta para situarse al lado del conductor que salía del interior.

—¿Qué buscas, Travis? ¿A quién persigue?

—Usted es Banner. Su nombre viene en todos los periódicos... ¿Qué diablos hacía esta mañana en Statte Island? —inquirió él fornido y duro Elmer Travis.

—Eso mismo podríamos preguntarle mi padre y yo.

—Oiga, hace poco la radio ha dicho que Corban había muerto.

—Esto he oído. Usted debe saber algo de ello, ¿verdad?

—Está loco... Debería entregarle a la policía, Banner, pero antes de hacerlo quiero saber unas cuantas cosas.

Le asió con fuerza por las solapas de la gabardina.

Elmer tenía una fuerza descomunal, hacía gala a su corpulencia, a su gesto rudo.

Frank se debatió para liberarse.

—¿Trata de matarme como mató a Corban?

—¡Cállese ya! —exclamó Elmer.

Intentaba colocarle un directo para dejarle fuera de combate, pero Frank pudo esquivarlo ágilmente.

Travis le sacudió entonces con la izquierda, pero Frank consiguió soslayar el golpe también.

Frank consiguió conectar un buen directo, pasando al ataque rápidamente y el socio de Mac Leod cayó hacia atrás, yendo a parar al interior del coche.

Se levantó rugiendo. Era como un toro bravo en el momento de su embestida.

Frank le aguardaba y le golpeó en el abdomen, como si se tratara de un *punch*.

—Le conduciré a casa de su socio, Travis... Allí vamos a aclarar muchas cosas.

Otro golpe también en la boca del estómago, hizo retroceder a Travis que se vio empujado hacia dentro.

Entonces, en vez de levantarse, sacó rápidamente algo del bolsillo.

Un pequeño revólver, del calibre 22. Un arma peligrosa a aquella distancia.

—¡Quieto o le vuelo la tapa de los sesos! —ordenó tajante el

socio de Mac Leod.

Un coche cruzó veloz la esquina sin entrar en el callejón. Tampoco allí pasaba gente alguna, por ser solares en edificación, o viejos almacenes abandonados.

Elmer Travis en pie ordenó a Frank:

—Métase en el volante y conduzca hasta donde yo le diga. Yo estaré detrás. Si intenta desviarse le volaré la cabeza. No bromeo, Banner. Le aseguro que no bromeo.

CAPÍTULO XII

—¿Dónde vamos? —inquirió Frank, después de que Travis le ordenase dar algunas vueltas en circuito hasta llegar a la autopista.

—A mi casa.

—¿Dónde está su casa?

—Siga adelante y no haga preguntas —replicó Travis.

Frank sabía que detrás suyo apuntándole a la cabeza estaba aquel «22» que vomitaría fuego a la menor señal de peligro para su dueño.

—Soy un testigo peligroso, ¿verdad Travis?

—Cállese.

—Mac Leod piensa que fue Corban quien pagó para que mataran a su mujer y puede que esté equivocado de medio a medio.

—¿Qué diablos está diciendo?

—Usted también fue allí a buscar ese libro de Corban, ¿no? Tal vez Corban le mencionaba a usted. No tuve mucho tiempo de leerlo, pero si es así, no se haga demasiadas ilusiones. Su socio tiene el libro y lo entregará a la policía.

—¿Qué? —inquirió Travis que parecía sorprendido.

—No se haga de nuevas.

Frank atacaba por aquel lado, para que Travis supiera que el libro estaba en poder de Mac Leod y que todo intento para librarse de testigos sería vano.

Vimos su coche delante de la casa de Corban —insistió Frank—. Y usted no estaba, había entrado en la casa, ¿verdad? Y luego llegó Corban y le sorprendió.

—¿Usted fue por el libro? —preguntó Travis al cabo de un silencio—. Sí. Y lo tiene Mac Leod.

—¿Con que se trataba de eso, eh?

—Sí. Y aunque yo sea un fugitivo y crea que pueda matarme impunemente usted acabará en las garras de la ley, Travis.

—Coja el primer desvío, Corban —fue la enérgica respuesta del socio de Mac Leod.

A menos de un kilómetro Frank dobló.

Había otra carretera fuera de uso a otro kilómetro dentro de la secundaria.

—¡Por ahí!

Frank metió el «Chevrolet» de Travis donde él le ordenaba.

—Quiere matarme en un lugar solitario, ¿eh? —inquirió Frank. Travis guardó el revólver en el bolsillo y lentamente murmuró:

—Ya puede detenerse.

* * *

Los dos hombres estaban al borde de un precipicio. Desde allí podían ver a lo lejos, al fondo de aquella sima, cómo unos obreros estaban trabajando en la construcción de un nuevo paso de la autopista.

El lugar era solitario.

Travis miraba a Frank que permanecía cerca del vacío.

—Todo esto es confuso, extraño —murmuró.

Saltaba a la vista que Travis era más hombre de acción que dado a entregarse a profundas reflexiones.

—¿Qué es lo que está confuso, Travis? —inquirió Frank con cierto recelo pese a que el otro había dejado de amenazarle con el revólver del “22”».

—Ayúdeme, Banner. Ayúdeme usted a mí y yo haré lo posible para hacer lo mismo con usted.

—Usted cree que yo maté a Corban.

—Estaba rondando la casa.

—Y usted había entrado. Es lógico que pensara lo mismo. ¿No le parece, Banner?

Frank frunció el entrecejo.

—¿Dónde quiere ir a parar?

—Usted dijo que había ido a buscar el libro de

Oor-ban...

El libro de tapas negras, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y lo entregó a Mac Leod?

—Sí.

—¿Fue Mac Leod quien le mandó?

—Sí.

—¿A cambio de qué?

—¿Qué quiere saber, Travis?

—La verdad. Le dije que le ayudaría.

—¿En qué?

—Ya lo verá. Ahora conteste.

Frank quiso saber qué juego se traía Travis.

—Está bien. Me dijo que él había visto una vez a Corban con mi ex novia.

—¿Conocía Mac Leod a su ex novia?

—Dijo que la había visto en una fotografía.

—En esta historia parece que el destino nos ha unido a todos... Su padre descubrió el cadáver de la señora Mac Leod justamente a la misma noche que asesinaban a su ex novia, y además moría también la única persona que podía declarar a favor suyo.

—Sí. Una extraña combinación. Pero lo de Jill está aclarado. La mató el mismo que mató a la señora Mac Leod.

—¡Tres asesinatos en un anoche! Parece cosa del destino. Yo... trato de pensar.

—¿En qué?

—Escuche, Banner... Yo quería a la señora Mac Leod. Entiéndame, la respetaba y la admiraba. Para mí era la flor más preciada. La deseaba con el mismo cariño con que se puede desear una joya hermosa que ya pertenece a otro, y aun teniendo dinero para comprarla sabes que su propietario jamás se desprenderá de ella.

Frank guardó silencio. Elmer Travis estaba haciendo toda una confesión.

Siguió:

Sí. Para mí la esposa de mi socio era una joya... una joya a la que hubiera dado mi vida por defenderla.

—¿Había tenido que ver con ella?

El rostro de Travis se endureció.

—¡Ni se le ocurra pensarlo! Le dije que la respetaba. Me gustaba

cenar con ellos y verla a ella moverse sirviendo los platos, sirviendo la comida, moverse con aquel gracejo. Sí... Me encontraba como en familia y Mac Leod lo sabe... Jamás hubiera sido capaz de acercarme a aquella mujer para saciar ese deseo. El, la había conocido primero y era mi amigo.

—¿Usted también estuvo en la cárcel, Travis? —espetó Frank.

—No.

—Entonces...

—Yo era amigo de Mac Leod antes de aquello. Fue un paso en falso por su parte y yo sé perdonar. Somos humanos, Banner. Mac Leod salió con el firme propósito de cambiar de vida, pero no tenía nada.

Trampeamos juntos hasta que le propuse asociarnos.

—¿Sin dinero?

—Yo tenía algún dinero y él cabeza para saberlo emplear... Nos instalamos en Nueva York. Conseguimos créditos y al fin pudimos disfrutar de un negocio en pequeña escala que con el tiempo puede ser fabuloso. Tenemos deudas que pagar y cuando se parte de cero cuesta.

—Siga, Travis.

—Aquella noche... La noche que mataron a la esposa de mi socio sufrí el golpe más rudo de toda mi vida y me juré a mí mismo que si la policía no averiguaba quién era el asesino lo haría yo mismo y le machacaré el cráneo con mis propias manos, si lograba descubrirlo.

—¿Cree que Corban tuvo que ver...?

—Cuando el teniente Scott dijo a Mac Leod que había sido encontrado dinero en casa de Andrea Copelli, lo cual parecía demostrar que Copelli había recibido aquella cantidad recientemente para efectuar «algún» trabajo, insinuó claramente que alguien le había pagado para cometer aquel asesinato.

«Cuando el teniente se fue, recuerdo perfectamente que los dos nos miramos. Mac Leod pronunció el nombre de Corban. Recuerdo que entonces hojeando un periódico al ver a una tal... Carol Shepard cuyo asesinato se anunciaba y su nombre surgió entre los posibles culpables, él dijo: “Parece cosa del destino”».

—¿Por qué?

—Me contó que Corban salía con esa chica.

—Sí. También a mí me lo dijo. Y en la libreta se nombra a cierta muchacha del Bazar Oriental que era donde ella trabajaba.

—Sí. No dudo de que Corban fuera el asesino de su ex novia, pero... ¿cómo lo podrá probar usted, Banner?

—¿Qué?

—Por eso creí en su buena fe... cuando me dijo que la libreta la había entregado a Mac Leod.

—No le entiendo. Él me dijo...

—Esa libreta puede contener mucha información, pero el motivo por el que Mac Leod la quería no era para probar que Corban había matado a Claire, su esposa.

—Entonces...

—Esa libreta, Banner contenía ciertos apuntes y en ellos se reflejaban ciertas anomalías que cometió Mac Leod a espaldas mías cuando ya éramos socios. ¿Comprende? El la necesitaba.

—¿Es verdad lo que dice?

—Le doy mi palabra. Corban era un mal sujeto y propuso ciertos asuntos turbios a Mac Leod durante un tiempo en que yo estaba ausente. En esa libreta estaba anotado todo y Corban lo tenía atrapado. Consiguió gratis los terrenos para su casa en la urbanización y se valió de él cuando necesitaba alguna cosa fuera de la ley, para que su nombre siempre quedara a salvo.

Elmer hizo una pausa para proseguir.

—Cuando alguien por teléfono, le pidió repetidas veces cierta cantidad de dinero a cambio de no descubrir su pasado en presidio, yo creí que se trataba de Corban, pero él aseguró que no, por la sencilla razón de que ignoraba que hubiese estado preso.

—Pero pudo decírselo ese hombre, el portero nocturno, el italiano Andrea Copelli.

—También yo pensé esto... después, porque antes, Mac Leod ignoraba a Copelli. No estaba en su misma sección. San Quintín es muy grande.

—Pero Copelli sí podía conocerle —arguyó Frank.

¿Y qué objeto tendría por parte de Corban haber matado a la mujer de Mac Leod?

—El me habló de que antes de casarse, ella y Corban...

—Eso no es verdad.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque Claire no era de Nueva York. La conocimos durante un viaje al Medio Oeste. Ella vino ya casada y Claire nunca había estado aquí, ni jamás nombró para nada a Corban, ni les había unido nada. Fue un ardid que empleó para que usted fuera a su casa a robarle esa libreta que tanto le interesaba.

Frank estaba anonadado. ¿Quién de los dos mentía?

¿Mac Leod?

¿O su socio Elmer Travis?

CAPÍTULO XIII

Regresaban al centro. Travis conducía.

—Mac Leod pudo haber pagado para que el italiano matara a su esposa y así cobrar la póliza del seguro —espetó Frank—. ¿Y de dónde habría sacado cinco mil dólares para pagar al asesino? Eso se notaría en su libro de cuentas. En nuestro libro.

—¿Y de su cuenta particular?

—Tenemos todo el dinero invertido. El na puede sacar un centavo sin mi firma. Ésa fue lo que convinimos y siempre se ha respetado. No, señor Banner, si el asesino tenía esa suma no fue Mac Leod quien se la entregó.

—Lo malo es que habiendo muerto Corban ya nunca lo sabremos.

—A Corban pudo matarle cualquiera... Era un mal bicho aunque con apariencia de caballero.

—Pero Mac Leod... —insistió Frank—. Él dijo que la policía podría acusarle de ser el hombre que pagó...

—No podría, porque primero tendría que probar que tenía esos cinco mil dólares y sabe que yo negaré que poseyera tal suma... No. Además, todo el mundo sabía cómo adoraba a su esposa.

Frank se encogió de hombros.

Bueno. A mí eso no me importa. Lo que me ha hecho entrar en el juego es lo de Carol Shepard. Por eso me metí en este asunto.

—Pues no conseguirá nada. Se lo digo yo. Esa libreta que usted rescató no verá la luz pública.

—Suponga que yo hablo con el teniente.

—¿Y le dirá que estuvo en casa de Corban más o menos en la hora que se cometió el crimen, para robar una libreta?

Frank dudó.

—No conoce a Mac Leod. No es mala persona, pero tratándose de sí mismo, negará antes de entregar esa libreta que posiblemente estará destruyendo ahora, si no lo ha hecho ya.

—No me cae simpático su socio, Travis. Nada simpático. No me gusta la gente que me utiliza con mentiras y embustes.

—Se aprovechó de su situación, y de la circunstancia de haber visto a su ex novia con Corban. En eso no le mintió.

—Pero pudo encontrar a otro... ¿Por qué precisamente a mí? Creo que hay algo más, Travis, tiene que haber algo más.

—Pregúnteselo a él.

—Sí. Iré a su casa. Le diré que he hablado con usted. Travis se encogió de hombros.

Tras un silencio Frank inquirió:

—Oiga... ¿Y usted qué estaba haciendo allí?

—Esperando a Corban. Por el asunto de su casa en la urbanización. Le dije que había conseguido las Marras, pues bien, la mitad de esas tierras son mías. Iba a advertirle de que si no pagaba, le rompería la cabeza. Y Corban... era bastante susceptible a las amenazas. Él podía tener a Mac Leod atrapado, pero a mí no, y con mi dinero no permito que nadie juegue.

Mac Leod no estaba en la casa cuando Frank y Travis llegaron al portal.

—Esperaré. Tengo que tomar el tren. Iré a hacer una llamada por teléfono y vuelvo. ¿Se espera usted a Travis?

—No. Iré a la oficina.

—Está bien.

—Mac Leod tal vez tarde.

Tengo que ir a Brayton. Lo prometí a cierta persona, pero si a la hora de marchar su socio no ha llegado, volveré. No me importa que se lo advierta.

—Nunca me meto en los asuntos personales —replicó el otro.

—A propósito, Travis, ¿cuándo se marchó usted da casa de Corban?

—No entré.

—Pero ¿cuándo se alejó de allí, después de que nos hubimos ido nosotros? —insistió Frank.

—Poco después.

—Cuando pasamos no estaba en el coche.

Travis frunció el entrecejo.

—No. Al reconocer a su padre me extrañé. Pensé que podía estar allí por algo más que por casualidad. Statte Island en esta época del año no está demasiado concurrida, y menos en esa zona de recreo.

—¿Y qué hizo?

—Me oculté para ver qué ocurría. Cuando les vi pasar, comprobé que la casa estaba cerrada y me marché. —Pero usted sabía que Corban estaba en Europa—. Corban anuncia muchas veces ausentarse, pero en realidad se mete en alguna de sus casas. Lleva allí alguna amiga y... bueno, ya sabe.

—¿Insinúa que cuando yo fui estaba en la casa?

—¿Miró usted el dormitorio?

—Sí.

—¿Y el garaje?

—No.

—De la casa se puede ir al garaje sin salir fuera. A Corban le encantaban los coches, los reparaba él mismo. Podía estar allí...

Frank se había vuelto ante la proximidad de un coche. Reconoció inmediatamente.

—¡Es la policía! ¡Discúlpeme, Travis!

Dio la vuelta a la casa y se alejó.

* * *

Después de varios intentos pudo ponerse en contacto con su padre. El próximo tren para Brayton salía a las cinco de la tarde.

Ve con cuidado. Hay policías. A mí no me han dicho nada, pero mientras estuve hablando con Doris no me perdieron de visto. Ella te espera. Tomará tú mismo tren.

—Gracias, padre.

Colgó.

No le quedaba demasiado tiempo.

Pensó que una vez en Brayton y después de estar presente cuando Doris diera la noticia a su madre con respecto a la muerte de Jill, regresaría.

Tal como estaban las cosas, si después de hablar con Mac Leod con respecto a la libreta no conseguía nada, tendría que hablar con el teniente y explicarle todo.

«Papá es testigo de que Mac Leod me citó», se dijo cuando ya iba camino de la estación Central.

Cuando llegó se mezcló con la multitud.

Le pareció ver que un hombre se fijaba en él y que comenzaba a andar detrás suyo.

—Un policía —musitó para sí.

Se apresuró.

Todavía le faltaban varios minutos para tomar aquel tren. No tenía que comprar los billetes y pensó que esto le favorecía.

Empujando a la gente que tenía más cerca se abrió paso hasta una de las entradas.

Entonces vio que habían más hombres que centraban en él toda su atención.

Se sentía acorralado y saltó por encima de la barrera de hierro ante la mirada extrañada de los que en aquellos momentos guardaban turno ante el encargado de taladrar los billetes.

El joven siguió su marcha frenética intentando orientarse.

Su tren salía de la vía número doce.

Los agentes ya habían tomado posiciones en los distintos andenes.

Frank se escondió tras unos abultados equipajes que esperaban turno para ser distribuidos. Entonces vio a Doris.

Ella, con paso vacilante caminaba por el andén a lo largo del tren estacionado que esperaba la señal de partir.

Eran las cinco menos dos minutos.

«Faltan dos minutos», pensó Frank.

Ahora los agentes se habían fijado en Doris que estaba subiendo a un vagón de segunda clase. Sí. Indudablemente no la perderían de vista.

«Si puedo tomar el tren en el último momento...», pensó Frank.

Quería tener el tiempo suficiente para hablar con Doris y luego saltar a la primera ocasión si las cosas se complicaban.

«Un minuto».

Faltaba un minuto sólo para la marcha del tren. Los agentes extremaban la vigilancia.

Unos mozos se acercaron con una de las carretas eléctricas para cargar los equipajes.

¡Iban a quitarle el parapeto! ¡Quedaría al descubierto!

—¿Quiere apartarse, por favor? —le pidió uno de los mozos.

«Treinta segundos», pensó Frank.

Encendió un pitillo fingiendo no haber entendido.

—Apártese, por favor. Tenemos que quitar esto. —Y uno de los hombres tomó la maleta que estaba en lo alto.

Frank se pegó a la pared, esperando la señal de partida del tren. Uno de los agentes se acercó hacia donde estaban los equipajes. Los mozos sacaban ya el baúl que más abultaba. ¡Frank quedó al descubierto!

Durante unos segundos la mirada del agente y la suya se cruzaron. —¡Es él!— gritó.

El tren comenzaba a arrancar. Frank saltó por encima de los baúles y se montó en la carreta a la que dio marcha rápidamente siguiendo la trayectoria del tren que marchaba lentamente.

Los agentes corrían más y estaban a punto de alcanzarle por lo que Frank optó por saltar y seguir a pie su huida.

El tren cobraba velocidad y el último vagón estaba a punto de salir del andén.

Era el momento preciso.

Frank, sin dudarlo se lanzó al estribo del último vagón. Sólo pudo sujetarse con la mano izquierda. La derecha le falló y durante unos instantes sus piernas colgaron del vacío, mientras el convoy cobraba mayor velocidad.

Doris asomada a la ventanilla observaba los esfuerzos titánicos del joven para hacer pie.

Estaban ya fuera de la estación y el tren cruzaba el laberinto de vías para situarse en la que le correspondía.

En aquellos instantes otro tren se acercaba por el lado opuesto. Frank estaba en evidente peligro.

De la estación ya no podían hacer nada. Los agentes habían salido, unos para comunicar la huida, otros para tratar de seguirle en coche hasta la parada de la calle 33.

Frank por unos instantes consiguió sujetarse, pero comprendiendo que el tren que llegaba podía alcanzarle, se dejó caer.

La máquina le dio un tremendo empujón que le lanzó contra el suelo a varios metros de distancia.

Cayó completamente inconsciente. Todo había oscurecido en su

mente. En aquellos instantes era como si estuviera muerto.

CAPÍTULO XIV

Y muerto estuvo durante tres días.

Las heridas graves que se produjo en la cabeza, le tuvieron sumido en la inconsciencia por aquel espacio de tiempo sin dar muestras de recobrar la lucidez, que le mantenía en un estado de completo aletargamiento.

El teniente Scott supo por el doctor Kendall, encargado de su caso, que el herido estaba fuera de peligro, pero algo inesperado había ocurrido en su cerebro.

Frank Banner no recordaba nada. ¡Absolutamente nada!

Ni siquiera su nombre.

Cuando aquella tarde, hacia el quinto día de su permanencia en el hospital, Doris, acudió a visitarle, se mostró absolutamente frío, extrañado. ¡No la conocía!

—¿Doris? Yo no puedo... No puedo reconocerla, lo siento.

No había el menor signo de desespero en su voz. Parecía aceptar las cosas con naturalidad.

—¡Por Dios, Frank! Haz un esfuerzo —le pidió la muchacha.

—Por favor, déjenme... Me duele la cabeza.

Doris trató de darle ánimos. Fuera, en el pasillo, el teniente murmuró:

—No sé lo que es mejor para él. En este estado, la ley no permite juzgarle.

—¿Sigue creyendo que es un asesino? —preguntó ella.

—No importa lo que yo crea. Hay dos testigos que le vieron.

—Para usted sólo cuenta esto, ¿verdad? —preguntó Doris, con ojos llameantes.

—Es mi deber. Me pagan por ello.

Doris dio la vuelta sin esperar a que el teniente continuara.

El doctor Kendall esperaba a Doris en su despacho. Ella quiso saber si era posible que se recobrara.

—Los casos de amnesia no suelen prolongarse por lo general. Se ha comprobado que puedan durar hasta un máximo de cuarenta y ocho horas. En lo que se refiere al paciente, nos hallamos ante una circunstancia distinta en apariencia, pero aún no es posible asegurar si atraviesa por períodos en que realmente recuerda algo para volverlo a olvidar... Debo decirles que el teniente Scott demuestra mucho interés en la curación de Frank Banner. No se me oculta que una vez repuesto tendrá que responder de una acusación de asesinato...

—Frank no es un asesino, doctor. Le conozco bien —musitó Doris.

—Yo no entro ni salgo en este asunto, pero sí puedo garantizarles que no lo entregaré al teniente hasta que no pueda responder plenamente que su cerebro funciona con normalidad.

—Ha dicho usted que tiene momentos de lucidez... —arguyó Doris.

—Lúcido lo está siempre. Incluso ahora que no recuerda —argumentó el doctor Kendall—. Lo que ocurre es que en algún momento determinado su subconsciente le devuelve pasajes de su vida, cosas incoherentes. Habla de Brayton, de usted, señorita Doris... Habla de su madre. Esto demuestra que recuerda, pero luego su mente vuelve a cerrarse, como si él mismo se obstinara en no recordar. Esto puede ser consecuencia del *shock* traumático que le produjo el golpe, unido a una psicosis por la que debió pasar durante los últimos momentos antes del accidente... Yo les aseguro que se recuperará.

—Doctor, usted, además de cirujano es psiquiatra —murmuró Doris.

—En efecto. Me interesa la psiquiatría, los problemas de la mente humana.

Kendall tenía una sonrisa simpática. Era joven, como el propio Frank. Más que un médico parecía un actor cinematográfico representando el *rol* de un psiquiatra. Doris se turbó ligeramente al sostener su franca mirada.

Su voz cálida, llena de matices, repitió invitando a las confidencias:

—Adelante, señorita. ¿Qué es lo que quería preguntarme?

—¿Usted cree que Frank puede ser un asesino?

—No soy experto en delincuentes, pero Frank Banner en mi opinión, no es el asesino nato... —hizo una pausa, levantó los hombros suavemente para añadir—: De cualquier modo... matar sin premeditación, en un momento dado, puede hacerlo cualquiera. No quiero decir con este que mi paciente sea realmente culpable del crimen que se le imputa.

Tras un silencio, la propia Doris preguntó:

—¿Cuándo cree que... que se habrá recuperado totalmente?

—Es difícil de precisar, señorita, pero tratándose de un acusado, tenga por seguro de que no saldrá del hospital hasta tanto no disponga de la plenitud de sus facultades.

* * *

El teniente Scott había permanecido hasta entonces junto al policía de servicio, que permanentemente se hallaba junto a la puerta de la habitación de Frank Banner.

Cuando Doris había abandonado el despacho del doctor Kendall, Scott entró para espetar sin preámbulos:

—Ese hombre está fingiendo. Sabe lo que le espera y juega con ustedes.

Kendall, sin perder su sonrisa, esperó unos instantes antes de contestar, cortó si quisiera medir bien sus palabras:

—Teniente, usted entenderá mucho sobre delincuentes, asesinos, ladrones... Yo no soy quién para discutir sus procedimientos, ni su forma de tratar esos asuntos, le ruego por lo tanto que no se inmiscuya en los míos.

—Está bien, doctor, si usted opina...

—Yo no opino —cortó Kendall suave, pero seguro—. Me atengo a los hechos. Su... detenido sufre amnesia, y sostengo mi diagnóstico.

Scott asintió levantando los hombros y preguntó:

—Puedo... ¿Puedo hablarle?

—Puede hacerlo, sí. Pero como siempre, sin forzarle. ¿De acuerdo?

—Descuide, doctor, seré muy suave como siempre.

Scott salió del despacho de Kendall para entrar en la habitación donde con su aspecto ausente y la mirada perdida en el vacío se encontraba Frank.

Se sentó en una silla junto a la cabecera y le estuvo observado unos instantes.

Al fin, murmuró:

—Bien, Banner... ¿Sigue sin recordar nada, verdad?

Frank permaneció en la misma actitud indolente.

—¿No le interesa recordar? —Siguió el teniente.

—Déjeme en paz —replicó el enfermo.

—¿Que le deje en paz, eh? Es muy fácil, pero yo tengo un deber por cumplir y me consta que usted está al corriente.

—No sé de lo que me habla, teniente...

—Sabe que soy policía... ¿eh?

—Usted lo ha dicho. Pero me habla de cosas que ignoro, déjeme tranquilo.

—Banner, Banner... Está tratando de alargar lo inevitable... Una mujer murió en Brooklyn hace seis meses.

—Yo no sé nada —murmuró Frank sin pestañear, con la mirada fija en el ventanal que daba al gran jardín de hospital.

El policía se puso en pie, le miró fijamente.

—Usted estuvo en casa de Charles Corban, en Statte Island. ¿Eso tampoco lo recuerda?

—¿Charles Corban? —inquirió Frank después de mirar largamente al teniente.

—Sí. Corban fue asesinado y encontramos huellas de usted en la casa.

Frank dirigió de nuevo la mirada hacia el ventanal.

—No sé quién es Corban —murmuró como un sonámbulo.

—El dueño de los laboratorios donde tenía que entrar a trabajar su amiga Jill Ferguson. ¿Tampoco recuerda a Jill? Escuche de una vez, Banner. Hay algo más que debe saber...

* * *

Ese algo más a que se refería el teniente le acababa de ser comunicado apenas hacía diez minutos y no lo había comunicado a nadie, ni al médico ni a Doris Ferguson.

Según el informe que había recibido por teléfono, un coche taxi, matrícula de Nueva York perteneciente a la compañía Robbards había caído en aguas del puerto.

Unos buceadores lo encontraron.

El auto estaba allí, según informe del laboratorio desde primeras horas de la tarde.

El encargado del teléfono manifestó que en efecto aquel automóvil había dejado de responder a las llamadas y se achacó a una avería en el sistema de radioteléfonos.

Por último, el conductor de aquel coche era Arthur Banner, el padre de Frank.

* * *

—Su padre ha muerto, Frank. Su coche ha caído de uno de los muelles de Manhattan.

—¿Mi padre? —inquirió Frank con la misma expresión estúpida en su rostro.

—¡Ya está bien, teniente! —masculló el médico desde la puerta —. Esto debía de habérmelo comunicado a mí antes.

—Lo siento, doctor —replicó el teniente jadeante como si acabara de realizar un gran esfuerzo.

Cuando el teniente salió de la habitación, Frank parecía agudizar su memoria. Su rostro cambió totalmente y pulsó enseguida el timbre en demanda de la enfermera.

Margaret apareció en el cuarto.

Margaret era la enfermera, una buena amiga de Doris Ferguson. Frank, de haberse encontrado en su estado normal, pudiera haber reconocido en ella a una de tantas compañeras de Instituto, aunque claro está, algo más crecida y después de que ella le recordara cosas del pasado.

Margaret miró compasivamente al enfermo.

No. Él no la recordaba, pero Doris le había hablado mucho en aquellos días.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien... señorita...

—Margaret. Soy de su mismo pueblo, señor Banner, aunque usted no pueda acordarse de mí.

—¿De veras?

—Conozco a Doris Ferguson.

—¡Ah!

—Tengo que ponerle una inyección. Son las órdenes del doctor.

—Escuche, Margaret, necesito hablar con usted.

—¿Conmigo? ¿Sobre qué? ¿Es que recuerda algo?

—Por favor, Margaret, atienda... —rogó él.

Fuera, el policía de servicio seguía custodiando rutinariamente la entrada.

* * *

—Parece un accidente —dijo uno de los policías que habían estado presentes durante el rescate del coche conducido por el padre de Frank.

—¿Nadie lo vio? —inquirió Scott.

—No. Pero no es el primero que ocurre cuando se hace la maniobra. Si se calcula mal, las ruedas traseras se van al vacío.

—Bien, hagan una investigación. Averigüen a quién condujo hasta aquí con este taxi para ponerlo en el informe. Yo volveré al hospital.

El cuerpo, hinchado del padre de Frank yacía sobre la mesa del depósito policial.

¿Había sido realmente un accidente?

Faltaba el dictamen final de la autopsia.

—Comuníqueme todo lo que haya al hospital —añadió el teniente antes de abandonar el departamento.

* * *

Y en el hospital...

La terraza de la parte posterior era común a todas las habitaciones de aquella sala.

Frank sólo tuvo que salir fuera y entrar en la segunda puerta. Margaret le había dicho que la habitación estaba vacía.

En efecto, la tercera puerta estaba destinada a uno de los vestuarios y allí Frank encontró ropas de las que usan los médicos

de servicio.

Cuando salió dos puertas más abajo vestido con una bata de médico, el policía que estaba en la puerta ni siquiera reparó en él.

Margaret había salido poco antes con la cubeta de la jeringa, el algodón y algunas ampollas.

Nada, pues, podía hacer sospechar que Frank se estaba fugando.

El, por su parte, se encontraba bien. La conmoción pese a la aparatosidad no había producido ninguna lesión interna y la amnesia había desaparecido.

De pronto, lo recordó todo.

¿Había sido cuando el teniente le informó de la muerte de su padre?

Sí... Tal vez entre las brumas de un cerebro que empezaba a reaccionar aquél fue el aldabonazo definitivo.

Estaba consciente de sus actos.

Margaret, no sin reservas le ayudó.

¿Por qué lo hizo?

Es difícil siempre saber qué razones tiene una mujer para hacer las cosas.

Tal vez la amistad con Doris, el que ella le creyera inocente, el atractivo de Frank, una admiración desde la infancia.

En medio de la constante desgracia, por una vez Frank había encontrado una ayuda auténticamente desinteresada. Con las ropas debajo de la bata consiguió llegar a una salida lateral.

Nadie le impidió el paso, nadie se fijó en su rostro.

Más tarde, en la calle se despojó de la bata de médico y después de arrojarla a una alcantarilla echó a correr.

CAPÍTULO XV

Frank llegó jadeante al despacho de Taker. Sabía que trabajaba hasta tarde y vio recompensados sus esfuerzos al encontrarle todavía en la oficina.

—¿De dónde diablos sales? Pasa, Frank. Tengo un informe preparado para ti.

—Eso venía a buscar, Francis.

—Entra.

Se sentaron y Taker buscó una carpeta que tenía entre los muchos papeles que abarrotaban su mesa.

—Veamos —murmuró después de echarle un vistazo—. Eso es... Escucha.

Y procedió a leer el informe.

—Charles Corban estuvo preso en San Quintín durante el mismo período de tiempo que Mac Leod, saliendo poco antes.

Tras citar algunos pormenores y los motivos por los que ambos habían cumplido condena añadió:

—Ambos por fraude con penas que oscilaban entre los cinco y los siete años. Salieron antes por buena conducta con libertad vigilada. Hasta el momento no han vuelto a las andadas.

Siguió con Copelli.

—Andrea Copelli, nacionalizado norteamericano. Cumplía condena por robo a mano armada. Salió después de haber permanecido quince años en la penitenciaría. Inmediatamente encontró trabajo en los laboratorios que Corban compró a un tal Colfax. Se ignora de dónde procedía el dinero de Corban. Copelli también había observado buena conducta.

—Pero..., ¿qué hay de los amigos de Carol? —inquirió Frank.

—Espera, hombre... Cuando me dijiste que una serie de

circunstancias parecían relacionar el caso de la Shepard con la muerte de Claire Mac Leod hice ampliar las pesquisas.

—Sigue.

—Corban, es entre otras cosas, un mujeriego empedernido, y efectivamente, se le vio en compañía de tu ex novia en algunas ocasiones.

—Y la noche que la mataron...

—Sólo hay una testigo que afirma haberte visto entrar...

—Sí, la señora Peabody. Una vieja chismosa.

—Y deseosa de que su nombre aparezca en los periódicos —añadió Taker.

—¿Qué hay de ella?

—Si se la apura, en un juicio el más ingenuo de los defensores haría trizas su declaración. No está segura. Apretándole los tornillos, vacila; por lo tanto no hay más testigos que el vecino que asegura haberte visto discutir. Sin embargo, ese mismo vecino, aseguró que al entrar en la casa poco antes de que salieras tú, se cruzó con un hombre de las características de Corban.

—Entonces...

—A Corban debe haberle visto alguien más con Carol... Alguna amiga de donde trabajaba.

—Hablé con una de ellas.

—Dame su nombre. Insistiremos. De todos modos casi estás con un pie en la libertad.

—Gracias, Taker.

—¿Qué harás ahora?

—Hablar con Mac Leod.

—¿Por qué?

—Dejamos una conversación a medias antes de que yo tuviera el accidente. Es referente a cierta libreta de tapas negras. Tendrá que testificar por qué me hizo robarla en una villa de Corban en Statte Island.

—¿También estás metido en esto?

—Sí, Taker, también pero me propongo aclararlo al precio que sea.

Ese muerto no me lo van a cargar.

Se detuvo y su rostro cambió rotundamente.

—Francis...

—¿Qué?

—El teniente me dijo que mi padre había muerto. —No sé nada.

—Quizá fue un ardid.

Mal podía saberlo nadie, puesto que la noticia era demasiado reciente.

—Bien, Francis, si algo sale mal y me detuvieran, búscame un abogado y explica lo que sabes.

—Ten cuidado.

Frank volvió a pensar en su padre, y decidió hacer una llamada telefónica.

El encargado de los teléfonos de la compañía Robbards asintió:

—Sí. En efecto, el taxista Arthur Banner ha muerto.

Cuando el encargado preguntó quién era, Frank colgó. Estaba anonadado, perplejo.

Salió de la oficina de su amigo y con el Metro, siempre llevando el sombrero calado hasta los ojos, se dirigió a la parada más próxima al domicilio de Mac Leod.

CAPÍTULO XVI

—¿Qué tal, señor Banner? Leí en el periódico que había sufrido un accidente. Celebro que se haya recuperado.

Después de la cordial salutación, Mac Leod franqueó la entrada de Frank en la casa.

El joven fue directamente al asunto.

—Creo que podré salir airoso del asunto referente al asesinato de Carol Shepard...

—Lo celebro.

—Pero queda lo de Corban. El teniente Scott sabe que estuve allí. No he hablado con él. Más bien fue él quien habló conmigo... Pero le advierto que en cuanto lo haga mencionaré su encargo.

—¿Qué quiere decir?

—La libreta, señor Mac Leod.

—¿Qué libreta?

—La que usted me hizo tomar de cierta casa de Statte Island... Y no se haga el tonto, porque ya he terminado mi paciencia.

—Señor Banner. No le quepa duda de que llegado el momento, yo mismo mostraré esa libreta.

—¿Habla en serio? ¿No hay cosas que le perjudican?

—¿Quién le dijo eso?

—Su socio.

—Travis siempre mete las narices donde no le importa.

—Entonces, ¿es verdad?

—No, Banner. Usted no se preocupe. Haga lo que crea oportuno, y si se encuentra en apuros, denos ese diario sin el menor reparo.

Entonces apareció Travis.

Había entrado sigilosamente. Su voz resonó a la espalda de Frank:

—No se deje engañar, señor Banner.

—¿Qué?

—¿Cómo has entrado, Frank?

—Dejaste la puerta abierta. Una mala costumbre. —¿O es que lo hiciste a propósito como la otra noche?

—¿A qué te refieres, Elmer? —preguntó el dueño de la casa.

—A la noche que mataron a Claire. Una ventana estaba abierta. El asesino no tuvo más que levantarla.

—No te comprendo.

Frank permanecía a la expectativa. El diálogo se recrudeció entre los dos hombres a pesar de que era Travis el que llevaba la voz cantante.

—Una buena coartada, Hug... Primero haces que el infeliz de Copelli represente la comedia de llamarte por teléfono exigiéndote dinero para silenciar tu pasado.

—¿Insinúas que yo estaba de acuerdo con el asesino de Claire?

—Lo afirmo, Hug. Tú lo planeaste todo. Y esas llamadas siempre se sucedían delante de mí. Hasta llegar a la noche culminante. Todo planeado, todo calculado.

Tú podrías asegurar que en el momento de cometerse el asesinato te encontrabas lejos y yo no tendría más remedio que corroborar tu coartada.

—Escucha, Elmer —empezó Mac Leod, pero su socio continuó impasible, sin concederle tregua.

—Nos marchamos juntos. Tu mujer quedó sola. Dejaste la ventana abierta y a la hora convenida llegó el asesino. Sólo tuvo que entrar y estrangular a la pobre Claire. Pero como nada sale como se ha pensado, a la salida se encontró con alguien que hubiese podido reconocerle, la señorita Jill Ferguson y tuvo que cometer un asesinato de más, y ese asesinato es el que te ha perdido, pero vayamos por partes.

Mac Leod dejó de protestar y miró irónicamente a su socio como si estuviera dispuesto a dejarle hablar hasta que se cansara.

Travis prosiguió.

—Pero el italiano era un estorbo para ti. Él había matado, pero tenía el defecto de beber. Si se emborrachaba y hablaba demasiado... Luego, había pagado unas deudas en el barrio haciendo ostentación de dinero y esto resultaba peligroso. Si le

echaban el guante y Copelli hablaba lo soltaría todo. Así que no tuviste más remedio que hacerle liquidar. ¿Cómo? ¡Muy sencillo! Le hiciste llamar fingiendo que te hacía un nuevo chantaje con el dinero que habías cobrado de la póliza del seguro de vida de tu mujer. Esto ya momentáneamente te ponía a cubierto de quienes podían sospechar un asesinato por cobrar ese dinero, y por otra parte entraba en juego la policía. El juego era arriesgado, pero valía la pena. Tú llevabas un revólver en el bolsillo por si algo salía mal. Pero todo salió bien. La policía rodeó el solar. Tú no le dijiste a Copelli lo que iba a suceder.

Te limitaste a decirle que apareciera por allí con Dios sabe qué excusa, pero ocultándole que el teniente Scott y sus hombres estarían también en el lugar.

»Lo que sucedió lo sabe todo el mundo. Copelli al ver a la policía se asustó y echó a correr. Le echaron el alto y dispararon para amedrentarle, y una bala resultó fatal para él. Todo te salió redondo. Te habías librado de un testigo y había sido la misma policía tu cómplice, sin sospechar que estaba haciendo el juego al instigador del crimen, a ti.

Travis hizo una pausa.

Ni Mac Leod ni Frank hicieron nada por atajar la verborrea ruda y brusca de Travis.

Hablaba sin énfasis. Sus palabras sonaban ásperas Continuó sin siquiera humedecerse los labios.

—Entretanto, el destino te jugó una mala pasada. Tú habías visto a Corban con cierta muchacha, una rubia llamativa, bonita, de esas que son todo fachada, pero resultan apetecibles. No le diste importancia. Conocías a Corban y sabías que le gustaba alternar, cambiar de chica y además solía buscarlas entre las de la clase humilde. Son las más ambiciosas, algunas, y las que más gustan de la ostentación que nunca han podido hacer; por contra son las que pueden comprarse más baratas...

Frank apretó los puños. Estaba retratando a Carol Shepard.

—Sí. Carol Shepard era su nombre, seguramente, pero tú no te diste cuenta hasta que, ¡otra vez el destino!, entró en el juego. ¡Acusaban del asesinato de la Shepard al hijo del taxista que había descubierto el cadáver de Claire, que por cierto esto fue otro golpe de efecto!

Y aquí el socio de Mac Leod desvió ligeramente la otra parte del tema para volver al anterior.

—Mientras aquella noche yo estaba con el paquete en el solar esperando al supuesto chantajista y tú te alejaste de acuerdo con lo convenido, aprovechaste para entrar en una cabina y llamar a la compañía de taxis para que enviaran uno a tu casa. De este modo te asegurabas que alguien descubriera el cadáver de Claire antes de tu llegada.

A continuación Travis prosiguió de nuevo con el tema que había cogido, referente a Carol Shepard y a Frank.

—A ti no te preocupaba en absoluto que condenaran a un inocente, pero cuando el periódico trajo la foto de Frank Banner que había escapado cuando iba a ser conducido al puesto de policía pensaste enseguida que Banner no era de los que aceptan su destino sin protestar. Banner era inocente y trataría de demostrarlo. Por lo tanto removería cielo y tierra e indudablemente podría llegar a descubrir que el asesino era Corban.

—No se interrumpa, Travis, por favor —pidió Frank.

Aquel asunto le afectaba directamente a él y quería saber toda la historia, o por lo menos lo que Travis estaba contando como si fuera realmente lo sucedido.

—Si la policía realizaba una investigación encontraría cierta libreta de tapas negras que efectivamente tiene anotaciones que comprometen a Mac Leod. Entre ellas Corban sabía lo que mi repugnante socio había planeado contra su mujer.

Un silencio de muerte para que la esperada voz de Travis continuara:

—Ya he dicho antes que Copelli era un charlatán. Un día cogió una borrachera y empezó a hablar. Su interlocutor era el propio Corban que de este modo supo la verdad, pero calló y tomó nota de ello. Era otro punto que podría esgrimir en contra de Mac Leod cuando necesitara algo de él. Otro chantaje a que podría someterle. ¿Y cómo lo supo Mac Leod? Seguramente por el propio Copelli, días antes de morir, pero eso no importa demasiado ahora. —Y concluyó añadiendo—. ¡Dije que lo descubriría! La muerte de Claire no podía quedar impune. ¡Y no quedará!

Travis hizo un gesto rápido hacia el bolsillo, pero hasta entonces ni él ni Frank advirtieron que Mac Leod tenía ya un revólver en el

bolsillo.

—Muy sagaz, socio, muy sagaz. Pero careces de inteligencia para haber podido discurrir esto tú solo.

—He pagado a buenos detectives, y uno de ellos consiguió cierta cinta magnetofónica. Corban la tenía en la caja fuerte de su despacho en los laboratorios. El detective la ha conseguido hoy, después de varias semanas de intentar la amistad de la secretaria particular de Corban.

—¿Qué cinta? —inquirió Mac Leod.

—Ya conoces la excentricidad de Corban. Le gustaba recrearse en las cosas. En la cinta cuenta cómo supo que te proponías asesinar a Claire y dedujo también cómo habías cuidado de que Andrea Copelli fuese eliminado, y añade: «Mac Leod sabe que yo lo sé, pero mientras tenga mi libreta mágica en mi poder no se atreverá a hacerme nada». La llamaba su libreta mágica.

—¿Quién tiene esa cinta?

—Si quieres escuchar una copia ahí tienes. —Y Travis la arrojó a su socio.

—No importa. Una cinta no tiene valor. Puede ser un truco una comedia y en cuanto a la libreta mágica la destruí. Sí, Banner. Quise sacármelo a usted de encima diciéndole que se la entregaría en el momento oportuno, pero la destruí. Nada puede acusarme, ni siquiera esa cinta.

Frank tuvo un presentimiento y exclamó:

—Mi padre fue testigo de que usted me citó para ir a casa de Corban.

—Su padre ya no puede decir nada. ¿No se ha informado de que sufrió un accidente?

Frank apretó los puños.

—Entonces. No fue un accidente, ¡Asesino!

—¿Qué se pensaba Banner? —murmuró Travis—. A mí también me engañó. No le creí tan ruin. Creyó cometer el crimen perfecto y tiene que seguir matando a más gente.

—¿A Corban? —empezó Frank.

—A Corban seguramente también le eliminó él. Con la libreta en su poder pensó que le cargarían el muerto a usted, Banner, porque ya entraba en sus cálculos eliminar también a su padre de usted.

—¡Asesino! —repitió Frank.

—Bien, señores. Aquí se ha hablado ya demasiado. Vuélvanse de espaldas.

—¡Aunque nos mate no podrá escapar, Mac Leod! —exclamó Frank—. Yo también he hecho que amigos míos investigaran. Francis Taker sabe que he venido hacia aquí. Si me ocurre algo...

Se habían vuelto. Mac Leod sacó del bolsillo de su socio el revólver del 22.

—¡Y qué! —cortó.

—Le acusarán.

—No, amigo mío. Yo necesitaba mi libertad de movimientos y la tengo sin ese maldito Corban. Tengo el dinero del seguro y la totalidad del negocio en cuanto Travis desaparezca. No voy a detenerme ahora. Sé lo que voy a hacer. Mientras Travis hablaba y hablaba yo ya he meditado mi plan.

—¿Y cuál es ese plan? —inquirió Travis.

—Matarle a usted Banner, con el revólver de mi socio, y a mi socio con el mío. Nadie sabe que poseo este revólver. Cuando lo encuentren en su mano derecha, Banner, creerán que ha disparado Usted, que el arma es suya y que se han baleado mutuamente.

—¿En su casa? —inquirió Banner.

—Por supuesto, no en mi casa. —Y sin más charla levantó su revólver y lo descargó en la nuca de su socio de manera que el cuello de la gabardina amortiguara el golpe.

Tuvo que repetirlo dada la fortaleza de Travis que al fin se abatió cayendo fulminado. Frank quiso revolverse pero las dos armas empuñadas con firmeza por aquel hombre dispuesto a todo le hicieron olvidar el intento.

—Siga adelante. Cargue con él y métalo en su coche. Debe estar fuera. ¡De prisa! Usted conducirá donde yo le diga.

Y Frank tuvo que obedecer.

CAPÍTULO XVII

Protegidos por la oscuridad del lugar pudieron salir tranquilamente. Por otra parte, la zona estaba casi siempre desierta y más en aquellas horas que los que trabajaban durante el día llevaban ya tiempo en sus casas.

Frank condujo el coche siempre bajo la amenaza del revólver de Mac Leod.

Veinte minutos más tarde y después de haber dado varios rodeos para evitar los cruces vigilados o los lugares de más tránsito, llegaron hasta la villa que en Long Island poseía Travis que seguía inconsciente tumbado en el interior del coche, en la parte posterior junto a la atenta mirada del asesino.

—Cargue con él —ordenó Mac Leod.

Una vez fuera Frank lo cargó a la espalda. Mac Leod ya se había preocupado de quitarle el manojito de llaves.

Eligió una para abrir la casa.

Estaba a oscuras y dio el conmutador de la luz. Conocía el lugar e hizo conducir a su socio hacia el *living*.

—Déjelo ahí. Y busque una botella de *whisky*. Está en la mesa del fondo.

Frank obedeció.

—Beba un trago si quiere, será el último —dijo Mac Leod cínicamente.

Frank obedeció de nuevo.

En el suelo el grandullón de Travis se removía.

—Despéjele. Dele un trago de esto. De prisa.

Frank no parecía tener demasiada prisa.

—Maldita sea —gruñó desde el suelo Travis.

Se incorporó doliéndose de la parte de atrás entre la nuca y la

espalda.

Vio a Mac Leod que seguía apuntándole con los dos revólveres. Frank se acercó con el *whisky*.

—Tome.

—No quiero.

—Nos va a matar, señor Travis.

—Que lo haga. ¡Vamos, adelante Mac Leod! Lo único que lamento es no poder ver cómo te sientan en la silla.

—Sepárense —ordenó el asesino.

—Espere —protestó Frank—. No he bebido mi trago.

—Es inútil que haga tiempo. Aquí nadie oír los disparos. A Travis le gustan las paredes a prueba de sonidos, y la casa está algo separada de las demás. Pero a mí no me importa lo que se pueda oír. Después de todo cuando me vaya procuraré que nadie me vea, igual que hace algunos días en casa de Corban.

—Luego fuiste tú —espetó Travis.

—Sí, socio. No quiero que te vayas de este mundo con la duda. Tu relato fue casi perfecto porque ocurrió todo más o menos como dijiste salvo algunas variantes. Por ejemplo, en lo de cómo supe que Corban estaba al corriente de mi plan. Fue el propio Corban. Me llamó por teléfono al día siguiente felicitándome por lo bien que había salido todo y me dijo que era otro apunte para su libreta. Lo demás es poco más o menos lo mismo que habéis deducido.

—¿Cuándo mató a Corban, estaba yo allí? —dijo Frank acercándose con la botella todavía en la mano, descorchada ya para tomar un trago, el último trago.

—Yo estaba también allí.

—No pudo...

—Claro que pude. Apenas salieron ustedes, tomé otro camino. La zona es poco conocida y cuando les indiqué la ruta les hice dar un pequeño rodeo. Yo tomé el camino más rápido y esperé en el garaje.

—¡Se lo dije! —exclamó Travis—. Corban debía estar en el garaje.

—¡Exacto! Allí estaba. Le golpeé y le disparé con este mismo revólver. —Y mostró el treinta y ocho que sostenía en su derecha—. El mismo con que supondrán que usted ha matado a Travis.

El socio apretó los puños, pero las armas de Mac Leod le

contuvieron.

—El plan era que se acusara a Banner y así dejara de husmear para que en su intento de cazar a un asesino no me viera yo envuelto en ello. Así que liquidé a Corban y esperé a que Travis saliera de los alrededores. Me retrasé un poco, entre conducir el cuerpo de Corban arriba, para dispararle y desarreglar la habitación, como hago ahora. —Y empezó a desordenar las cosas para que diese la sensación de que había tenido lugar una pelea.

Añadió:

—Cuando usted y su padre regresaron yo acababa de hacerlo. Tenía miedo que no me encontraran, aunque ello no hubiese sido motivo de sospecha, porque no tenía ninguna obligación de seguir en casa. En fin, señores —se aproximó—. Esto ya está listo.

—Espere. Mi trago —dijo Frank.

Dio un paso hacia delante y tomó un buen sorbo de la botella con el que pareció enjugarse la boca.

—Tráguelo de una vez y deje la botella sobre la mesa —ordenó Mac Leod.

Frank asintió. Tenía todavía la boca llena.

De pronto, calculando la distancia soltó el líquida al rostro de Mac Leod y al mismo tiempo arrojaba la botella a la única lámpara de pie que iluminaba la estancia.

Se escuchó el primer disparo pero la habitación estaba a oscuras.

—¡Al suelo, Travis! —había gritado Frank.

Se escuchó otro disparo.

Ruido de muebles cuando un cuerpo tropezó con ellos y seguidamente el tercer disparo esta vez procedente del veintidós.

—¡Maldito! —rugió Travis.

Guiado por la voz Mac Leod disparó de nuevo.

El fogonazo del treinta y ocho sirvió de guía a Frank y aquella vez se jugó todo a una sola carta.

Se lanzó contra el asesino y al chocar su cuerpo contra el suyo ambos hombres cayeron contra el suelo.

Sonó un disparo, pero la mano de Frank controlaba la derecha de Mac Leod. El otro revólver había caído.

—¡Busque el revólver, Travis! —gritó Frank mientras su antagonista forcejeaba.

Durante unos instantes los dos hombres siguieron en un jadeo

continuo dirimiendo cuál de los dos iba a salir vencedor en aquella lucha a muerte.

Frank consiguió retorcer el brazo a su oponente. Mac Leod lanzó una exclamación gutural.

Puestos ambos en pie el puño de Frank se catapultó contra el mentón de Mac Leod que saltó hacia atrás haciendo añicos los cristales de una de las ventanas.

Travis había encendido otra luz. Tenía ya el revólver en la mano, cuando Frank propinó otros dos buenos golpes a Mac Leod que lo dejaban definitivamente fuera de combate.

En la calle sonaron las sirenas de los coches de la policía.

CAPÍTULO XVIII

Con la policía llegó el teniente Scott al frente y acompañando al oficial estaba el detective Francis Taker.

A Mac Leod se lo llevaban esposado. Travis era uno de los principales testigos de cargo.

Taker explicó:

—Llamé a casa de Mac Leod porque me dijiste que estarías allí.

Quería decirte algo importante y me extrañó que no estuvieras.

—¿Qué era lo que querías decirme?

—Uno de mis hombres seguía haciendo pesquisas y habló con Sheila. —¿Una de las chicas que trabajan en el Bazar Oriental?

—Exacto. Dijo que tú habías ido a verla y que le preguntaste acerca de los amigos de Carol.

—Sí, sí.

—Pues bien, se decidió a ser más explícita. Tenía miedo y aseguró que el hombre con quien Carol se había citado justo en la noche que la mataron era con Corban.

—¿Cómo lo sabía?

—Pues le había visto con él y lo reconoció por la foto que salió en los periódicos.

Frank miró al teniente Scott que se echó hacia atrás el sombrero.

—Se ha salido con la suya.

—¿Le has explicado...? —empezó Frank a su amigo.

—Tenían el teléfono de Mac Leod intervenido y localizaron mi llamada.

—¿Intervenido? —inquirió Frank.

—Claro, Banner. Al asesino de la señora Mac Leod lo había pagado alguien y ese alguien bien podía ser el señor Mac Leod.

Travis adujo:

—Yo había sido la iónica persona en creerla y se lo dije a Banner hace unos días. Él no tenía dinero.

—Examinaremos los libros. Es posible que encontremos alguna irregularidad. No hay que olvidar que ya cumplió condena una vez, precisamente por amañar libros —replicó el teniente—. Pero nos limitábamos a vigilarle para no ponerle en guardia.

Taker añadió:

—Total que cuando la policía se presentó a mi oficina pensé que era mejor decirles la verdad. Después de todo tú ya estabas prácticamente libre de sospecha. Así que nos fuimos todos a casa de Mac Leod, porque además el teniente quería hacerte unas preguntas y al mismo tiempo ver si convenía o no hacer uso de la orden de detención que existe sobre ti.

—¿Y cómo supieron que estábamos aquí?

—Muy sencillo —explicó el policía—. Porque también tenemos a un hombre que vigila la casa, aunque ustedes no le vieran, y me llamó diciendo lo que pasaba. Les siguió y llamó por teléfono.

Todo estaba, pues, pendiente de trámite.

Había demasiadas cosas que podían convertirse en pruebas irrefutables contra Mac Leod, pero a Frank no le importaba. Él estaba a punto de poder probar su inocencia.

El policía comentó:

—Siento lo de su padre...

Sí, aquello ensombrecía el rostro de Frank.

—Soñaba con retirarse y vivir tranquilo. ¿Cómo lo hizo Mac Leod?

—Nadie lo vio. Pero ya nos lo confesaré. Seguramente alquiló su taxi y le golpeó al llegar allí. Al menos la autopsia ha demostrado una contusión. Una vez inconsciente aprovechando la soledad solo tuvo que empujar el coche y dejar que se hundiera en las aguas del Hudson.

Todavía no se había probado, pero Frank deseaba que lo hicieran para saber que Mac Leod pagaría con la vida, al menos la muerte de su padre.

* * *

Días más tarde regresaba a Brayton con Doris. Ella también tenía

motivos de sentirse triste por la pérdida de su hermana.

Ambos se necesitaban.

—Pienso que tal vez Mac Leod hubiese conseguido que su crimen resultara perfecto a no ser por ti —murmuró ella en el tren. Margaret, la enfermera, había ido a despedirles. Nunca se supo su intervención en dejar escapar a Frank, No era necesario ponerla en evidencia.

Todavía con el recuerdo de aquella mano agitando, Frank murmuró:

—No sé. Es como si la mano del destino me hubiera empujado hacia esa gente de la que jamás había oído nombrar.

—Al escaparte y ponerte a investigar por tu cuenta, Mac Leod temió que pudieras llegar a descubrir la verdad. De no haber sido por esto, dos crímenes hubieran quedado sin castigo. El de Carol y el de la esposa de Mac Leod, porque él habría seguido sin moverse.

—Tal vez tengas razón —replicó él pensativo.

Ella le miró largo rato hasta que el brazo derecho del joven rodeó los hombros de Doris.

Ella se acurrucó en su pecho.

Sí. Ambos se necesitaban para olvidar aquellos amargos días y pensar en el futuro. Un futuro más alentador que sin que ellos mismos se dieran cuenta estaba empezando en aquellos momentos.

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.